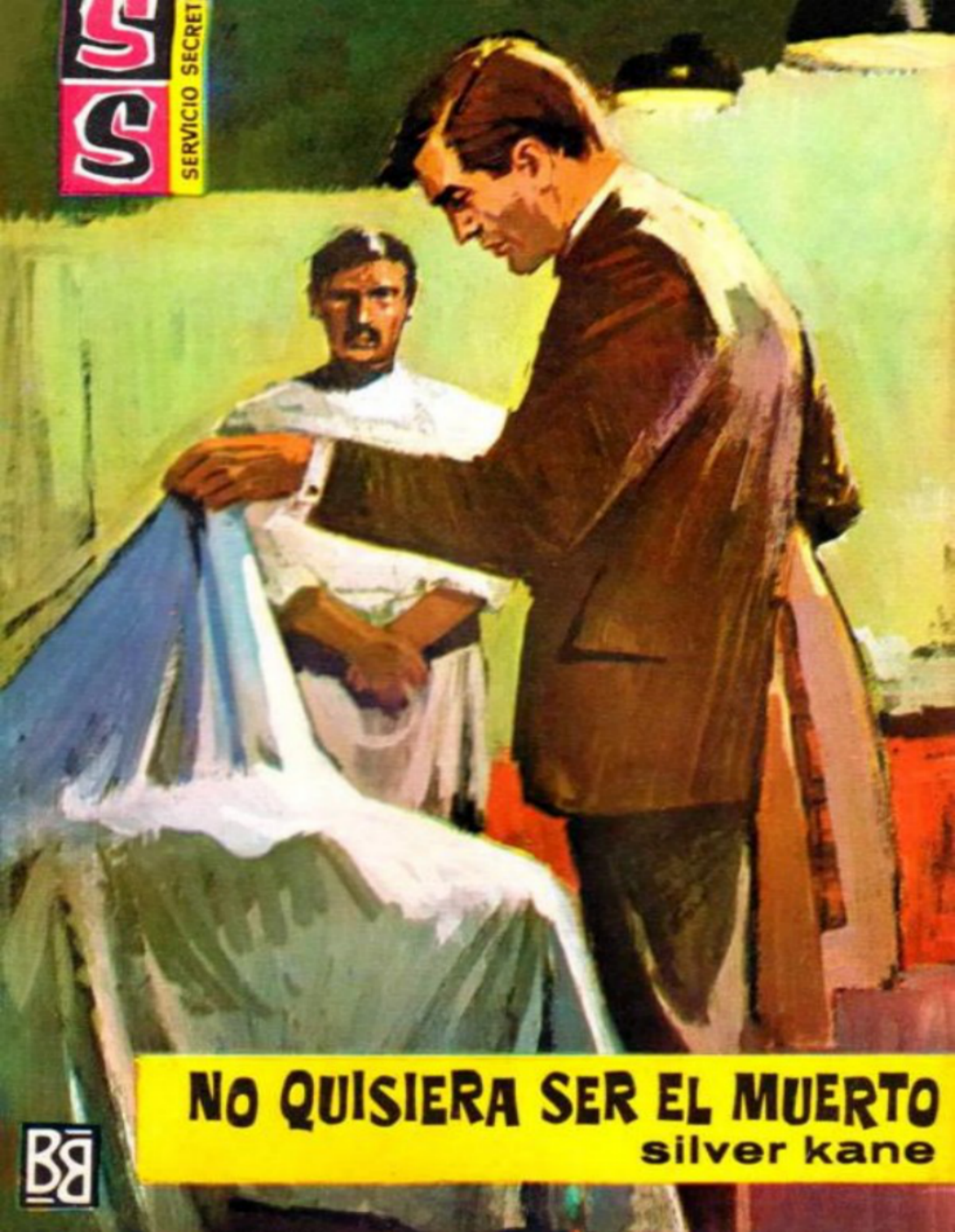

SS
SERVICIO SECRETO
NO QUISIERA SER EL MUERTO
silver kane
BB

NO QUISIERA SER EL MUERTO



SILVER KANE

NO QUISIERA SER EL MUERTO

Col. SERVICIO SECRETO n.º 726
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 12.560 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: JULIO 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 2580/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
833 — La reina de los muertos.

En Colección SERVICIO SECRETO:
711 — Cada hombre en su tumba.

En Colección SALVAJE TEXAS:
393 — La loba del rancho.

En Colección KANSAS:
312 — Los hijos de la noche.

En Colección ASES DEL OESTE:
262 — Los alacranes.

En Colección PUNTO ROJO:
113 — Un delicioso terror.

En Colección METRALLA:
28 — Varsovia.

En Colección SERVICIO SECRETO:
90 — Se alquila una tumba.

En Colección BUFALO:
553 — Bueno para morir.

En Colección CALIFORNIA:
404 — Lazos de muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre aún no lo sabía, pero sus horas estaban contadas. El hombre aún caminaba por las calles, aún contemplaba los escaparates y se extasiaba ante el ondulante balanceo de las faldas de las mujeres, pero en realidad no era ya más que un cadáver.

Lo terrible era que él no lo sabía. No lo sospechaba siquiera.

Tampoco los que caminaban junto a él, o los que tropezaban con su figura en la concurrida calle se daban cuenta de que estaban caminando junto a un muerto, o pensaban que acababan de tropezar con alguien que estaba ya en el Más Allá. Nadie sabía que un cadáver se estaba paseando junto a ellos.

El hombre era joven, alto y de complexión casi atlética, pero no resultaba agradable. Era feo, de sonrisa bovina y de mirada aviesa. Uno de esos hombres que miran a una mujer, y la mujer, sin saber por qué, siente un estremecimiento.

Vestía un traje gris algo arrugado, zapatos negros bastante sucios y camisa blanca de cuello bien planchado.

Volvía la cabeza a un lado y a otro, ansiosamente, cada vez que por su lado pasaba una mujer bonita.

El hombre no tenía enemigos; jamás se había peleado con nadie; nadie pensaba en matarle, y sin embargo, iba a morir. Y no de una muerte natural precisamente.

El individuo en cuestión se introdujo por una lateral de Broadway bastante antes de llegar a Times Square y se detuvo ante la puerta de un *night-club* que justamente empezaba a abrir sus puertas a aquellas horas.

Miró las fotos de las artistas, fotos de chicas en *déshabillée* y que miraban hacia la cámara con caras de falsas ingenuas. Rostros de mujeres tras cuyos ojos muy maquillados se escondía un mundo de dolor, de renunciación, de amargas noches de insomnio sin querer recordar el pasado.

Pero el hombre no pensaba en eso. No pensaba en las almas, sino en los cuerpos. No pensaba en lo que había tras los ojos, sino en la promesa artificial que estos hacían a los paseantes de la calle.

El hombre palpó uno de los bolsillos de su pantalón, donde había un rollo de billetes totalizando quinientos dólares.

Buena suma para pasar una noche.

Entró en el club y se encontró con la cara pétrea del conserje, que empezaba a abotonarse su levita de opereta sobre unos pantalones con tirantes y una camisa sucia.

—¿A dónde va, amigo?

—¿Cómo que a dónde voy? Abajo, a la sala.

—El bar no está abierto todavía. Yo he alzado el cerrojo solo para que vaya entrando el personal. Lárguese y vuelva dentro de media hora.

—¿No hay chicas?

—¡Qué va a haber!

—Entonces váyase al infierno.

El conserje terminó de abotonarse el uniforme mientras escupía:

—Fuera de aquí, mendigo.

El hombre estuvo tentado de arrojarle a la cara su fajo de quinientos dólares pero al fin se contuvo y salió de allí con una risita sardónica.

Al poner de nuevo el pie en la calle sintió una punzada en la columna vertebral, pero se inclinó ligeramente y el dolor cesó poco a poco.

Por el cielo, encima de los rascacielos de Brooklyn, flotaban densos nubarrones negros.

El hombre volvió a erguirse, notó que el dolor se había transformado en un leve cosquilleo solamente y echó a andar calle abajo, con la sensación de que un poco más allá encontraría algo que le interesase.

En efecto, había un *dancing*.

Allí uno encontraba chicas, compraba un *ticket* y bailaba con la que quería. Sin acercarse demasiado, claro. Sin decir en voz alta lo que uno pensaba. Pero la cosa solía estar bien como principio, porque luego las chicas, y ya en un plan puramente particular, solían ser más amables cuando el trabajo terminaba.

De modo que el hombre subió al *dancing*.

Este se encontraba algo desanimado a aquella hora en que la tarde no había terminado del todo y no había empezado aún la noche. Esa hora más bien triste en que cierran los últimos comercios, algunos matrimonios aburridos empiezan a cenar y los empleadillos que aspiran a ascender algún día enfundan en las oficinas sus máquinas calculadoras.

Pero el hombre no pensaba en eso, sino en las chicas. Su sonrisa bovina y su mirada aviesa iban enfrentándose a los rostros de todas, ellas, una tras otra.

Había once.

Al hombre le llamó enseguida la atención la más joven de todas ellas, una morena clara que llevaba ceñida falda negra, blusa casi transparente, zapatos de alto tacón y medias grises.

Un verdadero monumento que no se comprendía cómo podía estar en un *dancing* relativamente barato como aquel.

Pero, como suele ocurrir en estos casos, el ser la más guapa resultó también la más desdeñosa.

Al ver acercarse al hombre con el *ticket* en la mano, lo primero que

miró fueron sus zapatos.

—¿Qué quieres?

—Pues… bailar.

—¿Con esos zapatos?

El hombre se los miró, mientras en lo, más profundo de su columna vertebral el dolorcillo renacía.

—¿Qué ocurre con ellos?

—Están viejos y manchados de barro. Luego resulta que no sabéis bailar y con un roce le dejáis a una las medias perdidas. Me saldría muy caro bailar contigo, nene.

—Tú tienes obligación de…

La muchacha clavó en él unos ojos fríos, metálicos, tan duros como dos pedazos de basalto.

Ningún sentimiento, salvo un infinito desdén, se leía en aquellos ojos.

—Anda, vete a protestar al gerente —susurró—. Dile que yo me he negado a atender a un elefante que llevaba un *ticket* en la trompa. No se atreverá a despedirme; él sabe que muchos hombres vienen solamente por mí.

Y miró hacia otra parte, como si el asunto hubiera dejado de interesarle.

El hombre tenía clavados sus ojos, como un obsesionado, en sus rodillas redondas y suaves, en sus caderas anchas y en su cintura de sirena, que debía resultar una delicia enlazar al compás de la música.

—¿Si me compro unos zapatos nuevos te negarás a bailar conmigo? —preguntó humildemente.

Ella giró los ojos otra vez, y algo en la expresión bovina y sumisa del hombre debió conmoverla.

Susurró:

—Cámbiatelos y ven. Entonces bailaré contigo, con mucho gusto.

El hombre salió rápidamente a la calle y buscó una zapatería que aún estuviese abierta. El dolor en la columna vertebral se hacía cada vez más intenso, pero él no quería reparar en ello, prensando solamente en la chica. Vio que estaban echando el cierre a unos grandes almacenes donde vendían de todo, y entró corriendo.

La empleada de la sección de zapatería no le puso muy buena cara.

—¿Unos zapatos negros de su medida? No sé si habrá.

—¿Por qué?

—Tiene usted los pies muy grandes. ¿No se calza a medida?

—Sí —reconoció el hombre—, mis pies son demasiado grandes en relación con mi estatura, a pesar de que soy bastante alto. ¿Pero no encontrarán nada por ahí? No me importa el modelo que traiga. No me importa, incluso, que no sean negros.

—Veré qué tenemos en el almacén.

Diez minutos más tarde, cuando el hombre ya se consumía de impaciencia pensando que la chica del *dancing* ya estaría bailando con otro, la empleada volvió trayendo unos horribles zapatos color rojo que solo podían servir para jugar al golf.

El hombre los miró con desencanto, pero se encogió de hombros resignadamente cuando la empleada dijo:

—No tenemos otra cosa.

—Bien. Me los probaré.

A pesar del tamaño desmesurado de aquellos zapatos, todavía le resultaban pequeños. Hubiera podido, tal vez, caminar una travesía con ellos, pero nunca lanzarse a bailar sobre una pista.

Pensó con desolación que la chica se reiría de él si le veía moverse como un ganso a causa de aquellos zapatos.

—Veo que le aprietan —dijo la empleada—. No podrá quedárselos.

—Sí, desde luego, me aprietan mucho.

—En ese caso más valdrá que no insistamos. Son de lo mayorcito que tenemos en nuestro almacén.

—Ya comprendo… Resulta terrible tener que calzar siempre a medida. Uno se convierte en una especie de prisionero apenas sale de su ciudad. El simple descosido de una puntera puede significar una catástrofe.

—Desde luego es una buena desgracia —reconoció la empleada, deseando quitárselo de encima.

—Está bien, no puedo quedármelos. Crea que lo siento…

El hombre, que se estaba poniendo en pie, quedó como agarrotado a medio movimiento.

—¿Qué le pasa?

—Na… Nada.

—¿Algún dolor? ¿Quiere que le ayude?

—No tiene im… importancia.

—Suele haber un médico en los almacenes, pero no sé si habrá salido ya. ¿Quiere que lo busque?

El hombre caminaba ya hacia la salida, como si tuviera miedo de todo, como si quisiera escapar incluso de sí mismo.

—No hace falta, gracias… Se me pasará enseguida.

Se encontró de nuevo en la calle caminando sobre sus grandes zapatos, con la sensación de que el mundo entero daba vueltas en torno suyo. El dolor en la columna vertebral era como un líquido que subía y bajaba, un líquido ardiente que ahora estaba en sus riñones y de repente escalaba hasta las alturas del bulbo raquídeo. Dio, un par de boqueadas y tuvo que apoyarse en la pared. Y de pronto el dolor cesó.

El hombre echó a andar de nuevo, pensando que si llegaba a algún bar y lograba tomarse un *bourbon* doble todo pasaría. ¿Pero, por qué la gente le miraba de aquel modo? ¿Por qué todos se detenían a su paso?

¿Por qué aquella señora estúpida que estaba frente a él había lanzado un grito mientras todos los paquetes que llevaba en las manos caían estrepitosamente al suelo?

El hombre sintió que sus dedos rozaban los zapatos. ¿Cómo?

¿Sus dedos *rozaban los zapatos?*

Fue entonces, al mirarse, cuando vio que andaba encorvado como un gorila, con la cabeza hundida y los brazos colgando hasta casi tocar el suelo, además de las piernas ligeramente flexionadas. Debía producir la absoluta sensación de un simio, mientras avanzaba de aquel modo inexplicable hacia el popular Broadway de Nueva York.

Intentó sonreír. ¿Pero por qué no se ponía derecho como todo el mundo? ¿Qué tontería estaba haciendo?

Lo consiguió. Bueno, ya estaba erguido. Ya volvía a ser una persona del todo normal.

Un agente de la circulación, que había llegado corriendo al ver los gestos de la multitud, gritó:

—¡Eh! ¿Qué hace?

El hombre miró sus manos y vio que estaban trepando por una pared, en un desesperado esfuerzo por mantener el cuerpo en posición normal. Al hombre le parecía que aquellas manos no eran suyas, que las voces de la gente, los rumores de la calle, el mismo aire que respiraba aún, procedían de otro planeta muy lejano. El hombre no quería hacer daño a nadie, solo quería estar derecho como antes, caminar normalmente, llegar al *dancing*…

Fue entonces cuando aquel policía se acercó a él, y el hombre se sujetó a su cuello para no caer.

Rodaron los dos por el suelo. El policía le golpeó dos veces con el canto de la mano, cosa inexplicable, porque él no le había dado ningún motivo, y los policías de tráfico de Nueva York suelen ser bastante educados. Pero el hombre no se daba cuenta de que el policía le había golpeado porque tenía miedo de él, porque le había visto la cara. Y no se daba cuenta de que la multitud aullaba, de que cien manos ansiosas se tendían hacia su cuerpo. No se dio cuenta de que arrojaba espuma por la boca, de que aullaba de dolor, de que sus dedos se crispaban hacia el cielo en el último espasmo de la vida y el primer espasmo de la muerte…

CAPÍTULO II

Hospital Bellevue, sección de Necrología. Morgue oficial de la ciudad de Nueva York.

Los cadáveres iban llegando a la sala de recepción y eran colocados metódicamente en los cajones metálicos de la gigantesca nevera en espera del momento de la autopsia. Los médicos adscritos a la Morgue extraían vísceras y rasgaban cuerpos con la indiferencia del que abre un paquete de cigarrillos. Hombres y mujeres llorosos esperaban que les fuese entregado el hijo, el marido o la novia a la que, después del siniestro trabajo de los médicos, verían por última vez.

Todas las capas sociales de la inmensa Nueva York se reunían allí, desde el mendigo, que había sido hallado muerto de hambre en las riberas del Hudson al multimillonario que se había hecho trizas la coronilla en un accidente de circulación, cuando conducía borracho después de salir de una *boîte* con su amiguita de turno.

Y allí fue conducido el hombre. Claro que el hombre ya estaba en el Más Allá. Claro que ahora ya era lo que había empezado a ser unos días antes sin que él se diera cuenta: un sucio cadáver.

A pesar de los horrores que se veían allí, a pesar del desfile interminable de hombres y mujeres muertos en las más variadas posturas y que ya llegaban a aburrir a los médicos, aquel cuerpo les produjo una sensación que ninguno de ellos esperaba.

La sensación de lo desconocido.

Norman Tyler, de la Brigada de Homicidios, que cada noche se daba una vuelta por la Morgue por pura cuestión de rutina, se acercó a aquel cuerpo en cuanto vio que lo depositaban sobre la mesa.

—Diantre, está retorcido. ¿De qué ha podido palmarla este?

El ayudante que iba a preparar el cuerpo para la autopsia se encogió de hombros suavemente.

—No sé. Accidente, desde luego, no lo ha sido.

—¿Y qué enfermedad produce estos síntomas?

—Más bien parece un ataque de epilepsia, pero la gente no suele morirse de eso. Además, el tío está muy retorcido, como si los nervios se le hubieran convertido en cuerdas de guitarra.

—Sí, eso veo.

Norman Tyler encendió un cigarrillo y siguió mirando el cuerpo inanimado que yacía sobre la mesa.

—Era un tipo bien desarrollado, vaya.

—Y con unos pies de órdago. Mira que si se dedicaba a bailar, quedaba lista la pareja.

—¿Dónde lo han encontrado?

—Casi en Broadway Avenue. Y ahora que habla de bailar… Parece que precisamente muy cerca de un *dancing*.

Norman aspiró el humo de su cigarrillo y de pronto sus ojos adquirieron un brillo lejano y profesional, pero sin que él mismo se diera cuenta.

—Vamos a ver. Nombre.

—¿Y yo qué sé?

—Veamos la bolsa.

La bolsa de plástico en que solían depositarse los pequeños objetos personales del muerto estaba sobre la mesa. Normalmente sería entregada a la policía con el informe de la autopsia.

El ayudante, que aún no se había puesto los guantes de goma, empezó a vaciarla.

—Diablos, qué poca cosa hay…

—A ver.

—Vaya anotando en su cabezota, polizonte. En primer lugar un rollo con diez billetes de cincuenta. Total, quinientos dólares.

—¿Qué más?

—Un paquete de cigarrillos marca "Viceroy". Una caja de fósforos. Dinero suelto por valor de ochenta centavos. Un billete del ferrocarril elevado. Un anillo con un brillante.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Nada más.

—¿Pero qué estás diciendo, marmota? ¿Cómo es posible que no haya nada más que eso?

—Véalo usted mismo.

El ayudante dio una vuelta a la bolsa, poniéndola cabeza abajo, y de ella no salió nada. Estaba vacía.

—Pero… ¿y la documentación?

—No llevaba.

—¡Eso es imposible! ¡El tipo ese tendría una tarjeta de identidad, un permiso de conducir, una carta…! ¡Algo! Son bastantes las mujeres indocumentadas que salen a la calle, pero el número, de hombres es mínimo. Y ese tenía pinta de venir de lejos.

—¿Por qué? ¿Cómo lo sabe?

—Tiene los zapatos bastante desgastados y hay mucho polvo en ellos. Incluso barro.

El ayudante los miró, pero sin gran interés, y luego fue depositando los objetos personales en la bolsa con gesto de suprema indiferencia.

—Pues ya ve, polizonte. Nada de documentación, nada de cartas ni de tarjetas, nada de nada. ¿Pero por qué se preocupa? Hay docenas de casos como este en Nueva York cada semana. Gente que la palma en la calle, tipos que de pronto lanzan un grito y se quedan tiesos junto a un

farol. Luego la familia se entera, viene lloriqueando y los reclama. Con este pasará lo mismo, descuide.

—Sí, claro. Así tiene qué ser.

El anillo con el brillante iba a entrar en la bolsa. Norman Tyler distinguió su brillo.

—A ver…

—¿Le interesa el anillo?

—Quiero saber si es de valor. Por las joyas que lleva un muerto pueden deducirse muchas cosas.

Lo examinó al trasluz. El anillo era de platino, y la piedra, aunque pequeña, resultaba purísima. Toda la pieza debía valer un buen puñado de dólares, y además estaba muy bien montada. Resultaba de gusto.

—¿Es que entiende de eso, polizonte? —preguntó el ayudante.

—Algo. Durante mi niñez fui aprendiz de joyero, y luego estuve un par de años en la Sección de Robos. Me harté de ver alhajas que habían volado, de los bolsillos de sus dueños, y llegué a conocer su valor. Esta no es de las malas.

—¿Y ese dato le sirve para sacar algo en limpio?

—Por ahora no.

—Entonces será mejor que lo olvide, polizonte.

Norman Tyler se encogió de hombros y dijo, con absoluta sinceridad:

—Claro que sí. ¿Qué necesidad hay de complicarse la vida?

Tendió la mano y dejó caer el anillo en el fondo de la bolsa, donde produjo un sonido crujiente.

* * *

Mientras tanto, el ayudante iba ya a desnudar al cadáver, empezando por la corbata.

—¿Es que le van a hacer la autopsia ahora mismo? ¿No aguardará turno como los otros?

Ahora fue el ayudante el que se encogió de hombros.

—El jefe tiene ganas de trabajar esta noche. Me ha dicho que dejáramos los accidentados para más adelante, de modo que empezaremos por este.

En aquel momento un médico de unos cincuenta años y con unos cincuenta kilos de tripa, se acercó al galope.

—¡Eh, tú…!

El enfermero levantó la cabeza.

—¿Qué pasa ahora?

—Ha habido un triple crimen en el Bronx, y acaban de traer los cadáveres. Al parecer hay alguien influyente metido en medio, y quieren que la autopsia se haga enseguida. Los de la Brigada están ya

esperando el resultado. Hala, arreando, a ayudar.

El ayudante gruñó:

—El día que haya que hacerle a usted la autopsia, avíseme, *doc*. Traeré una perforadora para abrirle la tripa.

Los dos se largaron lanzando maldiciones en voz baja.

Norman Tyler quedó solo. Quedó solo con su cigarrillo a medio consumir, su ceño fruncido y su cadáver contorsionado sobre la mesa.

Un extraño muerto, un tipo que parecía haberla palmado aullando como si tuviese un cólico miserere.

¿Pero puede un cadáver quedar así, como si lo hubieran disminuido de tamaño? ¿Puede quedar con los miembros contorsionados igual que los de un monigote al que hubiesen ido moviendo con unos cuantos hilos transparentes?

Porque esa era la sensación que causaba: La de un pobre muñeco al cual hubieran dejado caer bruscamente al suelo.

Norman Tyler miró sus zapatos.

Grandes y pesados zapatos manchados con el polvo de un largo camino. Seguro que el tipo aquel había andado millas enteras antes de encontrar un autobús, un coche o algo que le llevase a la gran ciudad. El barro indicaba que seguramente había partido de una zona rural. ¿Pero cuál? ¿De qué lugar del Estado de Nueva Jersey había salido aquel hombre para ir a morir en la gran ciudad de una forma tan extraña?

Norman Tyler se encogió de hombros.

Bueno, ¿para qué pensar?

Al cadáver le harían la autopsia y se extendería un informe que ya pasaría a la Brigada de Homicidios si el resultado era sospechoso. Si no resultaba así, ellos ni se enterarían. Un cadáver de los que pasaban por el Bellevue. ¿Y qué?

Norman Tyler salió lentamente del inmenso depósito, dejando atrás filas y filas de mesas con su fúnebre ocupante. Dejando atrás soledad, llanto, desesperación y la terrible indiferencia de los médicos, que trabajaban como máquinas de descuartizar.

Salió a la callé, tomó el coche que estaba en la playa de estacionamiento y se sumó al intenso tráfico que a aquella hora aún llenaba la ciudad. Cerca de Central Park, ante una fila de casas tristes y simétricas, se detuvo.

Necesitaba un trago.

Norman Tyler, a sus veintiocho años, era soltero y y pensaba seguir siéndolo bastante tiempo. Amaba su independencia, su soledad, su pequeño apartamento lleno de libros y las largas horas dedicadas a vagar por Nueva York, sin tener que dar cuentas a nadie, descubriendo los secretos de la gran ciudad, sus miserias, sus alegrías y sus pequeños horrores.

Norman Tyler amaba todo eso, pero esta noche solo pensaba en una cosa estúpida y sin sentido: En un cadáver con los pies muy grandes.

Entró en un bar, pidió un *whisky* doble y permaneció acodado en la barra durante más de una hora, mientras los clientes alternaban en torno suyo y las parejas del fondo del local se arrullaban silenciosamente, perdida la noción del tiempo.

¿De qué podía haber muerto aquel tipo? ¿De qué clase de ataque? ¿Qué clase de siniestro germen anidaba ya en su cuerpo cuando le llegó la hora de morir?

Los pensamientos daban vueltas y más vueltas en el cerebro de Norman Tyler y nunca lograban salir de este punto muerto.

¿Cómo iba sin documentación un hombre que poseía un brillante de cinco mil dólares? ¿Por qué?

Norman dejó su *whisky* a medio consumir, pagó y salió lentamente del bar, encaminándose hacia su coche.

Los pensamientos giraban en torno a su cráneo y comprendió que no se los sacudiría de encima en toda la noche. Necesitaba hacer algo para convencerse de que estaba equivocado. Necesitaba, por ejemplo, ver el cadáver otra vez.

Condujo despacio hacia el Bellevue, a través de unas calles que ya estaban más despejadas de tráfico. La mole silenciosa del hospital le produjo el efecto de una tumba, con casi todas sus ventanas apagadas. Fue al depósito de cadáveres y penetró en él sin que nadie le pusiera obstáculos.

Vio el del tipo retorcido. Vio el del hombre que le había preocupado tanto.

Estaba vestido aún, y además en la misma posición. Pero había en él un detalle distinto. Solo un detalle.

Le faltaban los zapatos.

CAPÍTULO III

Ella no lo sabía, pero iba a morir.

Ella ignoraba por completo que en la mente del que había de asesinarla ya se habían configurado la fecha, el procedimiento, los detalles del crimen. Ella estaba lejos de imaginar, a los veintidós años, que en una sucia funeraria de Jersey City habían fabricado ya el ataúd en que iba a ser encerrado su cuerpo.

Ella asistía a los oficios religiosos de las iglesias, cada vez que moría un vecino o un amigo, y escuchaba los cánticos de difuntos con una especie de religioso éxtasis.

Pensaba que, a pesar de todo, eran maravillosas aquella calma y aquella paz, aquella especie de comunicación con los espíritus que nos vigilan desde el Más Allá y nos reciben en el momento de nuestra muerte.

Claro que ella no imaginaba que aquel oficio de difuntos, con el cual tantas veces se había extasiado, iban a entonarlo muy pronto y justamente delante de su cadáver.

No, eso ella no podía ni imaginarlo siquiera.

* * *

Se llamaba Marian.

Tenía veintidós años, una cintura estrecha, unas caderas redondas y bonitas, unas piernas largas que hubieran servido perfectamente para anunciar una marca de medias. Tenía también una sonrisa espiritual, unos ojos dulces y unos volúmenes de poesías de Rimbaud y de Rainer María Rilke.

Había heredado poco antes medio millón de dólares del hombre que la adoptó siendo una niña.

Iba a casarse en cuanto el año terminara, y ya faltaban pocos meses para eso.

Marian era feliz.

Era todo lo feliz que se puede ser en este mundo cuando uno es joven, cuando tiene dinero y amor, cuando no se siente rozado por el dolor de los otros, cuando la muerte es solo una cosa lejana que tardará siglos en llegar.

Cuando no se sabe que alguien ya ha decidido nuestra muerte ni que las tristes manos de un negro mal pagado han unido ya las tablas del ataúd donde acabarán nuestros días.

* * *

Ethel, su hermana, entró en la habitación.

Las dos vivían en una casa grande, nueva, con jardín y garaje, situada cerca del Hudson. La casa era propiedad de Marian, que la había comprado con parte del dinero de la herencia. Allí iba a establecer su hogar en cuanto se casase, unos meses más tarde.

Su hermana Ethel se iría entonces fuera, hasta que la pareja hubiera pasado su luna de miel. Luego vivirían juntos.

—¿Has fijado con Charlie la fecha de la boda? —preguntó.

—Sí. Me ha telefoneado está noche, hace apenas unos minutos. Dice que lo tendrá todo dispuesto antes de Navidad. Que sus problemas de trabajo ya se habrán resuelto.

Ethel se sentó en un borde del diván y miró los cuadros de excelentes firmas que su hermana había ido comprando y colocando artísticamente en las paredes.

Fuera había empezado a llover.

Se estaba bien allí, con la chimenea encendida, oyendo crepitar los leños y respirando el ambiente que daban aquellos cuadros, los muebles caros, los cortinajes bien elegidos, mientras fuera las ráfagas de lluvia castigaban la ciudad.

Ethel musitó:

—Marian, no me gusta Charlie.

—¿Qué no te gusta mi prometido? ¿Por qué? ¿Qué tienes contra él?

—Nada… No tengo nada, realmente… Y quizá por eso miro las cosas con más frialdad que tú. Charlie es un hombre guapo, y con todos los atractivos que tú quieras, pero nunca le ha gustado trabajar en un sitio fijo. Sin ser un holgazán del todo, tampoco se le ve seguro. Yo tengo la sensación de que, a pesar de tu herencia, pasarás dificultades económicas con él.

—¿Dificultades? —Marian rio suavemente—. ¿Por qué dices eso? Trescientos mil dólares de la herencia están situados en acciones petrolíferas de Kuwait. Los nuevos yacimientos han sido puestos ya en explotación. Esos trescientos mil dólares nominales son ya más de tres millones, y aún seguirán subiendo. ¡No podremos gastar ese dinero en toda nuestra vida!

Ethel se mordió el labio inferior, mientras cruzaba suavemente las manos sobre el regazo.

—No está bien que pienses así, Marian. Una mujer debe confiar en su marido sobre todas las cosas.

—Tú siempre has sido muy juiciosa, Ethel. Demasiado juiciosa. Y yo creo que así no se puede ser feliz.

Ethel sonrió y miró cariñosamente a su hermana, como comprendiendo que sería mejor dar la cuestión por terminada.

Y cambió de conversación.

—¿Ha vuelto a molestarte Jim? —preguntó de repente.

Marian se sobresaltó.

—¿Qué Jim? ¿Nuestro vecino?

—¿Quién iba a ser?

Una nube de tristeza pasó por los hermosos ojos femeninos.

—La vecindad de Jim es la única cosa desagradable que tiene esta casa —dijo—. Que el Hombre que vive junto a ti sea rico, joven, soltero… y enamoradizo, no es bueno para una muchacha que va a contraer matrimonio dentro de pocos meses. Desde que llegamos aquí por primera vez y me ayudó a meter el coche en el garaje, me está diciendo que me quiere y que se volverá loco si no se casa conmigo.

Ethel suspiró:

—Lo peor es que me parece que habla en serio, querida.

—Yo tengo la misma sensación que tú, Ethel. Al principio habló en broma, como debe hablar a todas las chicas solteras, pero luego su tono se ha ido volviendo trágico. Ese hombre está realmente enamorado de mí, Ethel, y sufre al ver que voy a casarme con otro. Yo empiezo a temer de verdad que cometa una locura.

—¿Es que… has vuelto a tener otro tropezón con él?

—Sí, esta misma tarde… y ante testigos. Me ha dicho que si me casaba con Charlie sería capaz de matarme. Yo no he podido contenerme y le he dicho que hablarme en ese tono era un insulto. Hasta le he dado un bofetón. Ha sido… Ha sido muy desagradable.

Ethel se puso, en pie, con expresión preocupada.

—Cuanto antes te cases, mejor, Marian —susurró—. Mucho mejor… Y ahora perdóname. He quedado con Sylvia esta noche para ir al teatro. Volveré de madrugada.

—Pero hace muy mal tiempo…

—Tenemos las entradas compradas con un mes de antelación y no podemos desaprovecharlas ahora. El teatro se llena todas las noches. No te sabe mal, ¿verdad?

—¿Por qué me va a saber mal? Adiós, Ethel, que te diviertas.

Las dos hermanas se besaron. Luego, Marian quedó sola.

No del todo sola, puesto que arriba, en el piso superior, la doncella preparaba los dormitorios. Pero la sensación de desamparo se hizo agobiante para la muchacha.

Fuera seguía lloviendo.

Se estaba bien allí, con el amor del fuego, con el tocadiscos que desgranaba una suave música, con el rumor de la lluvia repiqueteando en los cristales…

Se estaba bien allí, demasiado bien.

Luego Marian escuchó un ruido a su espalda.

Y fue entonces cuando una voz secreta le dijo que iba a morir, que

estaban transcurriendo los últimos minutos de su existencia.

Con la garganta crispada para no lanzar un grito, se volvió.

CAPÍTULO IV

Aparentemente el hombre que estaba a su espalda, y al cual ahora Marian miraba plenamente, no tenía nada de anormal.

Era alto, era joven y era distinguido. Vestía bien. Se notaba algo raro en él, en su conjunto, pero al primer golpe de vista era imposible saber en qué consistía. Era uno de esos hombres a los que las mujeres miran discretamente y que gustan de encontrar en las fiestas de sociedad.

Solo aquel detalle tan raro que había en él y que no se sabía en qué consistía…

De todos modos no era un hombre que infundiera miedo.

No, ni mucho menos.

Era un hombre que encajaba incluso en el ambiente elegante del salón, que quedaba bien entre los cuadros de firmas caras y la luz temblorosa de las llamas del hogar.

Y sin embargo, Marian estuvo a punto de chillar.

Estuvo a punto de chillar porque había visto sus ojos.

Aquellos ojos la miraban fijamente, con fijeza diabólica, con una expresión inhumana que sobrecogió el corazón de Marian. Esta vio también las manos, aquellas grandes manos del hombre que se acercaban lentamente a ella.

—¿Pero qué haces aquí? —acertó a decir la muchacha—. ¿Por dónde has entrado?

—Hay mil sitios… Conozco bien la casa.

—Pero es ridícula… Sabes además que… ¿Por qué te acercas tanto?

Las manos del hombre fueron hacia la garganta de la muchacha.

Esta ni siquiera retrocedió, tan asombrada estaba. Sus ojos, más que miedo, reflejaron una incomprensión absoluta.

—¿Pero qué pretendes? —balbució—. ¿Reírte de mí? ¿Qué clase de broma tan absurda es esta?

—No es broma, Marian.

—¿Qué no es broma…?

—Voy a matarte, Marian. Voy a asesinarte, si es que esa palabra te parece mejor.

La situación era tan increíble, tan falta de todo sentido y de toda razón que Marian aún quiso hacer un gesto desdeñoso, como dando a entender que no creía una sola palabra de todo aquello.

Pero el pozo negro en que se habían convertido los ojos del hombre la convenció de todo lo contrario. La luz inhumana que irradiaba de ellos la hizo convencerse de la espantosa realidad.

¡Iban a asesinarla!

¿Pero qué asesino anuncia así su crimen? ¿Cuál de ellos toma tan pocas precauciones? ¿Qué clase de loco hay que ser para cometer un asesinato sabiendo que media hora más tarde la policía dará con la clave de todo?

No, aquello no podía ser cierto.

Marian retrocedió un paso mientras murmuraba:

—Eso es estúpido…

—No intentes escapar, Marian. Sabes perfectamente que ni siquiera llegarás a la ventana.

—Pero… no hay razón para que intentes… hacer… esa locura…

—La hay.

La voz fría, casi solemne, del hombre, la convenció de que no estaba viviendo un sueño, sino una siniestra realidad.

—Te descubrirán dentro de poco… ¡Todos pueden saber quién eres!

—He calculado todos los riesgos.

Las manos se habían ido acercando más. Eran grandes, nervudas y fuertes. "Manos de estrangulador", pensó lejanamente Marian.

Y ese pensamiento pareció venir del vacío y dirigirse al vacío. Todo lo que rodeaba a Marian en este momento era alucinante y absurdo. La habitación elegante que era una de las mejores de su propia casa, la luz irreal de las llamas del hogar, aquellas manos que se tendían hacía su cuello, la tranquilidad de un asesino que no tomaba ninguna precaución para matarla…

Su voz fue apenas un soplo cuando dijo:

—No… te atreverás…

Pero el asesino se atrevió. Sus manos se cerraron sobre el cuello de Marian mientras una risita seca escapaba de su garganta.

—Sí lo haré, muñeca…

A partir de aquel momento todo fue veloz, irreal y carente de sentido como esos planos superpuestos y esas escenas fragmentadas que se nos ofrecen en las pesadillas.

Todo fue espantoso, pero, en cambio, y afortunadamente para Marian, todo fue muy rápido.

Las manos del asesino apretaron sabiamente, la doblaron contra su cuerpo, la estrangularon con una pericia eficaz, certera y por eso mismo doblemente repulsiva.

Marian terminó sus días no creyendo aún en aquello, pensando que aquella muerte no era la suya, que lo que estaba sucediendo no podía suceder.

Aún pudo decir:

—Te atraparán… Es… Es ab… sur… do…

Y cuando, las manos del hombre rompieron su cuello, quedaron

también rotas sus palabras.

CAPÍTULO V

Norman Tyler termino de beber su *whisky* doble, encendió un cigarrillo desganadamente y miró hacia la puerta del bar, por dónde entraba su compañero Bronston.

Bronston estaba en la Brigada desde hacía quince años, pera no había prosperado gran cosa. Quizá por eso bebía tanto y desde las siete de la tarde, cuando acababa su turno, iba dando tumbos y hundiendo la nariz en copa tras copa.

Bronston le vio también.

—Hola, Norman.

—¿Qué tal, Bronston? ¿Ha habido algo de nuevo en tu sección?

—Bah, idioteces… Llevamos una temporada de suicidios, y ya sabes que a mí los suicidios me ponen nervioso. Pero no me quejo, ¿sabes? Yo nunca me quejo. En cambio, a ti te veo preocupado, Norman.

—Figuraciones tuyas.

—No, no; yo ya soy zorro viejo y sé distinguir cuándo, a una persona los engranajes no le marchan bien. Tú estás preocupado por algo, y lo estás desde hace unas pocas horas. ¿Por qué?

—Nada. Si no me ocurre nada…

—¿Andas tras alguna pista?

—Ojalá. No veo posibilidades de ascender por ninguna parte. No se ha presentado nada bueno en dos años.

Bronston encargó un *whisky* "de los suyos" es decir lleno hasta los bordes, lo bebió de dos tragos y se volvió hacia Norman.

—Tú lo que necesitas es casarte, muchacho. Estás demasiado solo.

—Ese es un asunto que no me ha preocupado hasta ahora.

—Eres un tipo frío, un tipo extraño. A lo mejor ni siquiera has tenido novia jamás.

—No… Pues, ahora que lo dices, creo que no la he tenido.

—¿Ni has estado enamorado nunca?

Norman apartó lentamente el vaso vacío, haciéndolo resbalar sobre la barra.

—Ahora que lo dices… Pero, diablos, esas son cosas lejanas. No tienen importancia.

—¿Por qué no? —el pelma de Bronston estaba sentimental esa noche—. ¿Por qué no han de tenerla, muchacho? Vamos… ¿tú has estado enamorado alguna maldita vez?

Norman Tyler entrecerró los ojos y su mirada se concentró, como si le costara precisar sus recuerdos.

—De eso hace ya cuatro años.

—Cuatro años… ¡Diablo! No es mucho tiempo. ¿Y la chica vive aún? ¿Aún podrías encontrarla?

—Tú quieres casarme a toda costa, Bronston.

—No… Nada de eso. Yo solo soy un pobre tipo a quién le gusta recordar el pasado. Bueno, ¿cómo era?

—Pues… Rubia y dulce… Y muy linda.

—¿Dónde vivía?

—¡Bah! ¿Qué importancia tiene eso? Yo solo sé que entonces era una chiquilla. Yo también era bastante joven, claro. Nos encontrábamos al cruzarnos para el trabajo, yo la miraba… y nada más. Fue algo que ni siquiera llegó a nacer, que ni tan solo existió realmente. Pero a veces lo recuerdo. A veces pienso estúpidamente en ello, y aún ahora, al cabo de cuatro años, la imagen de aquella muchacha se me presenta cada vez que pienso en una mujer.

Pagó su *whisky* y el que se estaba bebiendo Bronston y dio a este una palmada en la espalda.

—Bueno, muchacho, me largo.

—¿A dónde vas?

—La rutina de todas las noches. Una vuelta por la Morgue a ver si hay algo nuevo. Lo de siempre.

—Muy bien, Tyler… Que tengas buena suerte, es decir, que no haya nada. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Bronston.

Norman Tyler salió a la calle, por la que circulaba un viento frío y molesto que llegaba del estuario, pero no tomó su coche. Fue a pie hasta el Bellevue y se introdujo en la Morgue.

Captó, como, siempre, el irritante olor a formol, tan intenso esta noche que hacía derramar lágrimas, y vio, también como siempre, las largas filas de cadáveres tendidos sobre las mesas.

Con la indiferencia que da la costumbre los fue mirando, los catalogó mentalmente, los archivó en sus recuerdos y pasó de largo. Comprobó que esa noche no había nada que llamara la atención.

Hasta que de pronto se detuvo.

Hasta que repentinamente sus ojos se transformaron en dos rayas de asombro y furor que brillaban como trazadas con fósforo.

Porque ella estaba allí.

Ella, la muchacha a la que quiso en silencio cuatro años antes. La que había llenado sus secretos sueños, esos maravillosos sueño sin sentido que se pierden con la juventud.

Estaba muerta.

Tenía la cabeza echada a un lado y se adivinaba, solo al verla, que la habían estrangulado, brutalmente.

★ ★ ★

—Se llamaba Marian.

La voz del médico ayudante pareció venir desde muy lejos. Las facciones de Norman se tensaron un instante y luego volvieron a adquirir su expresión normal.

Frías, inalterables. Las facciones de un hombre que cada día se enfrentaba con la muerte.

—¿Marian? —susurró.

—Sí, y era una chica rica.

—¿Rica?

—¿Por qué lo duda? ¿Es que la conocía?

—Nos saludábamos hará unos cuatro años. Solíamos cruzamos al ir al trabajo… Bueno, no sabía que esa muchacha tuviera grandes medios de fortuna.

—Era ahijada de un hombre que había ahorrado grandes cantidades de dinero durante su vida, a base de bastantes sacrificios. Cuando él murió, ella lo heredó todo. Claro que…

Hizo una pausa y añadió, encogiéndose de hombros:

—… Claro que de bien poco le ha servido.

—¿Cuándo la han matado?

—Anoche.

—¿Quién?

—¡Y yo qué sé! Ya debe estar la denuncia hecha en la Brigada, pero seguramente ha ido a otro grupo. Lo que sí puedo decir es que ha sido un estrangulamiento rápido y hábil.

Los ojos de Norman se deslizaron dolorosamente por el cuerpo de la muchacha. Nadie, en estos momentos, hubiera sido capaz de decir lo que sentía.

—¿Por qué la habéis desnudado?

—Vamos a hacerle la autopsia enseguida.

Norman tragó saliva.

—¿Quiere verla? —preguntó el ayudante.

—¿La autopsia? ¡Oh, no…!

—Fastidia ver cómo se estropea a una chica tan bonita, ¿verdad?

Norman no contestó.

Sus ojos habían vuelto a parecerse a dos rendijas y brillaban otra vez como rayas de fósforo en la penumbra.

Era imposible saber lo que pensaba, qué sentimientos y qué designios palpitaban tras aquellos ojos.

—De todos modos el trabajo será fácil —dijo el médico—. Las causas de la muerte están a la vista, de modo que nos limitaremos a precisar la hora de la muerte y la clase de lesiones. Asunto sencillo.

Puso el bisturí sobre el cuerpo, tras colocarse los guantes. Norman cerró los ojos.

—¿Vais a abrirle el estómago?

—Claro, para ver si hay restos de alimentos. Viendo el estado en que se encuentran tenemos el dato más seguro para precisar la hora de la muerte.

—Prefiero no verlo.

—Bueno, como quiera. No es obligatorio.

Se oyó el "Ssssscccc" del bisturí al rasgar en línea recta la carne. Norman tuvo la sensación de que aquel sonido —que por otra parte había oído ya muchas veces— era el de su propio cuerpo al ser desgarrado…

Tenía los ojos cerrados, las facciones contraídas, y sin embargo, se alejaba de allí. No podía oír aquel sonido, no quería oírlo nunca más…

Caminando así, chocó con una de las mesas.

Una brusca sensación de náusea le hizo abrir los ojos. La Morgue era tan familiar para él como su propia casa, y sin embargo, esta noche se sentía perdido como un novato. La mano derecha, que estaba rozando el cuerpo tendido sobre la mesa, se retiró vivamente.

Vio entonces el cadáver.

Era el tipo de la noche anterior, al cual había olvidado ya casi por completo. El tipo alto, joven, retorcido, que había muerto en la calle de una manera inexplicable.

Norman lo miró atentamente, con las facciones contraídas.

El tipo estaba vestido, y todo en él parecía igual que la noche anterior, salvo en una cosa, algo que en el primer instante Norman no podía precisar. Algo tan familiar que uno pasaba los ojos por ello sin darse cuenta.

¿Qué era?

Norman tardó casi un largo minuto en darse cuenta de que ahora aquel hombre llevaba los zapatos puestos.

CAPÍTULO VI

Norman volvió los ojos hacia el ayudante, el cual había trazado ya un salvaje surco en todo el cuerpo de la muchacha, abriendo desde la parte final del esternón hasta el monte de Venus. La visión de aquel tajo horrendo le hizo cerrar los ojos durante unos instantes.

Pero enseguida su rostro volvió a quedar impasible.

—¿Oye…? —preguntó.

El matasanos alzó la cabeza.

—¿Qué hay?

—Ese cadáver…

—¿Ese? ¿El del tío de los pies grandes?

—Sí, anoche ya estaba ahí. ¿Cuándo diablos pensáis hacerle la autopsia?

—Eso no me corresponde a mí, pero supongo que lo aviarán esta noche o lo meterán en uno de los cajones de la nevera. Un fiambre no puede estar demasiado tiempo ahí, a pesar del formol.

—¿De modo que la autopsia aún no ha empezado?

—No, claro que no.

—¿Y ni siquiera empezaron a desnudarlo para hacérsela?

—Diablos, no.

—¿No le quitaron los zapatos?

El médico empezó a parpadear y miró a Norman Tyler como si estuviese viendo a un loco.

—¿A qué vienen esas preguntas tan idiotas, sabueso?

—No hay nada que sea idiota cuando se trata de muertos. ¿Le quitaron los zapatos o no?

—¿No ve que los lleva puestos?

—Pues anoche iba descalzo.

El médico terminó dejando el bisturí sobre la mesa.

—¿Y yo qué sé? ¡Al tipo se le caerían los zapatos!

—Sí… Seguramente se movió demasiado y terminaron cayéndosele. ¡Al diablo con esas historias! ¿Quién se los quitó?

El médico terminó dejando el bisturí sobre la mesa y se encaró con Tyler.

—¿Usted está loco o qué, fisgón? ¿No ve que está diciendo tonterías? ¿Quién puede tener interés en los zapatos de un muerto?

—¿De qué enfermedad la ha diñado ese tipo?

—¿Y a mí qué me cuenta? ¿Cómo puedo saberlo si aún nadie le ha puesto la mano encima?

Norman Tyler torció el gesto, mientras miraba les grandes zapatos

del cadáver tendido sobre la mesa.

Su cráneo era un volcán, sus pensamientos bullían como una tempestad. Y lo peor era que aquellos pensamientos no tenían sentido.

Susurró:

—¿Quién puede entrar aquí?

—Hombre, bastante gente, a pesar de que esta sala no es, ni mucho menos, un sitio público. Pero, repito, ¿quién puede tener interés en los zapatos de un muerto? ¿No se da cuenta de que está diciendo tonterías? ¿Y qué tienen que ver los zapatos con esta chica?

—No… Nada.

Norman Tyler miraba como obsesionado la ropa de Marian, colocada sobre un taburete muy cerca de la mesa. Miraba sobre todo sus zapatitos muy juntos, colocados de tal forma que daba la sensación de que la muchacha iba a levantarse de un momento a otro para calzárselos.

Con voz opaca repitió:

—No… Nada.

Se daba cuenta de que, en efecto, estaba sufriendo una especie de alucinación. Todo aquello no tenía sentido, y no debía dar más vueltas a sus pensamientos. ¡Al infierno todo! Lo único cierta era que habían matado a Marian. Lo único cierto era que, mientras él bebía un *whisky* doble en cualquier arrabal de la ciudad, alguien se entretenía estrangulándola…

—Me largo —murmuró—. Supongo que se enviará a la Brigada una copia del resultado de la autopsia.

—En este caso sí, porque no hay duda de que se trata de un crimen. La enviaremos mañana.

—Gracias.

—Norman Tyler no tenía ni siquiera voz. Parecía una sombra de sí mismo.

Lo último que oyó antes de abandonar la fúnebre sala fue el siseo siniestro del bisturí al rasgar todavía la carne de la muchacha.

Salió a la calle, cuya oscuridad empezaba a ser recorrida por estrechos jirones de niebla.

* * *

El informe de la autopsia llegó al otro día, puntualmente, a la Brigada de Homicidios. Norman se enteró de que era el teniente Stevenson quien lo tenía, y se coló en su despacho.

—Hola, teniente.

—Hola, muchacho.

—Acaba de recibir un informe de la Morgue, ¿verdad? Uno referente a una chica llamada Marian.

—Sí. Un cochino crimen.

—¿Qué datos hay?

Stevenson le pasó el *dossier* por encima de la mesa. Había en él unas cuantas fotografías estremecedoras, pero como Norman ya había visto a la muchacha muerta no se inmutó demasiado ante ellas.

Mientras iba leyendo, Stevenson le dio su impresión sobre aquel asunto:

—Cuando la chica fue hallada, llevaba muy pocas horas muerta. Ella se encontraba sola en la casa, sin más compañía que una doncella. Fue esta quien la descubrió, al extrañarse de que Marian no se hubiera acostado todavía. Estaba en el salón de la casa, cerca de la chimenea, donde los leños estaban ya casi apagados. Lo primero que hizo la doncella fue avisar a un médico, pero ya era demasiado tarde.

Stevenson, que era un hombre bondadoso, preguntó después de dar aquellas explicaciones:

—¿Qué interés tienes en este asunto, muchacho?

—Conocí a la víctima hace varios años.

—¿Hubo algo entre vosotros?

—No. Jamás cruzamos otras palabras que las obligadas frases de cortesía, pero al verla muerta sentí como si hubieran destrozado en mi interior algo muy íntimo. Por eso quisiera saber lo que hay, Stevenson. Quisiera que se me asignase a mí la investigación, si no hay otro mejor para llevarla.

Stevenson meditó durante unos instantes.

—Supongamos que es usted uno de los que se encargan de eso, Norman. ¿Cómo procedería?

—En primer lugar me interesa saber lo más clásico. ¿Quién se beneficia con esa muerte?

—Por los informes que tengo, la beneficiaria, como heredera forzosa de la víctima, es su hermana Ethel.

—Yo vi las huellas dejadas por las manos del asesino en el cuello de Marian y deduje que esas manos debían ser fuertes. ¿Lo confirma la autopsia?

—Sí. Y confirma también que la persona que asesinó a Marian era más alta que esta.

—¿Lo es su hermana Ethel?

—Sí.

—A veces una mujer puede demostrar tanta fuerza como un hombre, sobre todo si se trata de estrangular a otra mujer —dijo Norman como hablando para sí mismo—. ¿Qué otras huellas existen?

Stevenson ojeó el informe de la inspección ocular efectuada en los primeros momentos por la policía.

—Huellas de los pies del asesino, que entró por una de las ventanas. Afortunadamente esa noche llovía, y el barro dejó claramente impreso

el dibujo de las suelas.

—¿Zapatos de hombre?

—Sí.

—¿Pudo una mujer calzarse unos zapatos masculinos para desorientar a la policía? ¿Qué le parece?

—No es la primera vez que ocurre, desde luego. ¿Pero por qué, si fue la hermana, tuvo que entrar por una de las ventanas? ¿No estaba ya dentro de la casa?

—Precisamente para desorientar a la policía.

—Es una hipótesis, desde luego.

—¿Qué coartada tiene Ethel?

—Fue al teatro con una amiga suya llamada Sylvia.

—Eso sería importante. ¿Se ha comprobado?

—No —dijo Stevenson—. En realidad no hemos empezado la investigación aún, y ese será el primer punto a tener en cuenta. ¿Quiere usted llevar a cabo las primeras diligencias, Norman?

—Con mucho gusto, señor.

—Pues vea a la tal Sylvia y luego eche una ojeada a Ethel. Yo ya la vi un momento cuando sacamos el cadáver de la casa, pero no quiero fiarme de mis primeras impresiones. Hala, a dar vueltas a la rueda hasta que salga alguna cosa.

Norman Tyler salió del despacho llevando bajo el brazo los primeros informes y las macabras fotografías de Marian.

* * *

Las primeras investigaciones en un asunto por asesinato siempre son monótonas, tediosas y desconocidas para el gran público. Consisten en una serie de visitas rutinarias, en una colección inacabable de comprobaciones y en muchas horas perdidas tomando medidas de todos los objetos que tienen alguna relación con el crimen y comprobando una por una las declaraciones. Eso era lo que aguardaba a Norman Tyler cuando salió a la calle al abandonar la Brigada de Homicidios.

Lo primero que hizo fue visitar a la tal Sylvia, la amiga de Ethel. La dirección de Sylvia constaba en el primer atestado de la policía.

Correspondía a una calle tranquila de Jersey City, en la cual había numerosos chalets de dos plantas. Sylvia tenía el más pequeño pero quizá el más coquetón de todos ellos. El jardín delantero, estaba adornado por suaves y estilizadas esculturas que parecían haber brotado entre los arbustos. Había por todas partes lindos farolillos apagados a aquella hora de la mañana.

Norman empujó la cancela, atravesó el jardín e hizo oscilar la artística campanilla que adornaba la puerta.

La que le abrió debía ser la misma Sylvia, y Norman estuvo a punto de soltar un respingo.

Era una chica que llevaba blusa y pantalones largos, pero aunque a Norman no le gustaban las mujeres sin faldas, con aquella se podía hacer una excepción. Los pantalones se ceñían tanto a sus formas que parecían una segunda piel, dibujando diabólicamente la rotunda línea de las caderas y el nacimiento de los muslos. La chica era alta, estaba llenita y usaba encima de aquellos pantalones una blusa casi transparente. El efecto que producía era como, para caerse al suelo.

Ella ya debía esperarle, porque susurró:

—Pase, pesquisa.

—¿Sabe quién soy?

—No puede ser más que un poli, con esa facha. Le he visto atravesar el jardín desde la ventana y me he dado cuenta de que lo medía con los ojos ocho o diez veces. Además ya suponía que los de la Brigada de Homicidios no me dejarían en paz mucho tiempo. Siéntese, ¿quiere?

La mayor parte del chalet estaba ocupada por una gran sala donde ella esculpía figuras en piedra. Ahora se dio cuenta Norman de que las esculturas del jardín debían ser obra de Sylvia. Había allí muebles modernos y funcionales, un tocadiscos que desgranaba suaves melodías y un mueble-bar. Lo que más llamaba la atención —aparte la mujer, claror— era el enorme diván tapizado en piel blanca que ella le estaba señalando.

—Póngase cómodo, pesquisa.

Ella se puso cómoda también, cabalgando una pierna sobre la otra, y haciendo que la línea de sus caderas destacase sobre la piel del diván con felina suavidad.

—¿Whisky?

—No bebo en acto de servicio, gracias.

—Buen chico, ¿no?

—Pché…

—Me gustan los buenos chicos —dijo Sylvia cambiando de postura y arqueando las piernas—. Pero a lo que ha venido, polizonte, ¿qué quiere saber?

—Anteanoche asesinaron a su amiga Marian…

—Se equivoca. Marian no era amiga mía, sino simple conocida. Con la que yo tengo amistad es con su hermana Ethel.

—¿Es cierto que Ethel estuvo con usted en el teatro?

—Sí, es cierto.

—¿Qué vieron?

—Una representación de ballet húngaro, la compañía “Svendaros”. Puede comprobar en las carteleras la hora en que da comienzo el espectáculo. Es puntualmente a las 8’15.

—¿A qué hora se encontraron?

—A las ocho, ante la puerta.

—¿Quién las vio?

—El portero y los acomodadores, supongo.

—¿Recuerda a alguno en particular? ¿Quién las acompañó hasta sus asientos?

—No me fijé, pero los acomodadores tuvieron que fijarse forzosamente en nosotras. Dos jóvenes elegantes, bonitas… y solas —rio— no se presentan allí todas las noches.

—Comprobaré ese dato —prometió Norman.

—¡Oh, por supuesto! Ustedes lo comprueban todo, ¿no? Incluso la fidelidad de las mujeres. ¡Qué aburrimiento!

—¿Es usted soltera, Sylvia?

—Por ahora sí.

—Lástima. A mí solo me gustan las mujeres casadas. Cuando encuentre marido avíseme, hermana.

Se puso en pie y fue hacia la puerta.

Ella dijo con un soplo de voz:

—¡Imbécil!

Y luego añadió:

—Otro día me pondré falda.

Pero Norman estaba ya en la puerta.

Pensaba que el crimen se había cometido a las ocho menos diez aproximadamente.

* * *

El acomodador dijo:

—Sí, eran dos chicas como las que se ven pocas veces por aquí. Bellezas como esas suelen venir acompañadas, pero, solas casi nunca. Desde luego nos llamaron la atención. Eran así.

Y dibujó con las manos una imaginaria ánfora griega.

—¿Recuerda la hora? —preguntó Norman.

—Desde luego se sentaron antes de empezar la función. Fue por ahí, por la fila nueve.

—La función empieza a las 8’15, ¿no?

—Sí. Con mucha puntualidad.

—¿Con cuánta anticipación llegaron ellas? ¿Con cinco minutos? ¿Con veinte tal vez? Trate de hacer memoria y de recordar cómo estaba de lleno el teatro entonces. Esa puede ser una buena referencia. Es muy importante que me diga la hora con una exactitud de minutos.

El acomodador se pasó una mano por la barbilla.

—Desde luego el teatro estaba ya bastante lleno… Yo imagino que debían ser las ocho y cinco.

Norman calculó velozmente. Las ocho y cinco. Por tanto quedaba un probable cuarto de hora entre el asesinato de Marian y la presencia de las dos mujeres en el patio de butacas del teatro. Sylvia decía que se había encontrado con Ethel en la puerta a las ocho. ¿Era posible llegar en diez o doce minutos desde la casa de Marian hasta la puerta del teatro? Este era un punto esencial.

Norman Tyler decidió comprobarlo.

Tomó su coche, y a pesar de que el tráfico era quizá más abundante a aquella hora consiguió ir de un sitio a otro en catorce minutos. Claro que se saltó una luz roja y además tuvo suerte con los semáforos, pero contando con menor densidad del tráfico a la hora en que el crimen se cometió, hubiera sido posible presentarse en el teatro en unos doce minutos. Teóricamente, pues, se podía cometer el crimen y buscar una coartada en la compañía de Sylvia.

La figura de Ethel cada vez se le aparecía más borrosa, pero al mismo tiempo más concreta. No solo era la beneficiaria de su hermana Marian, sino que al mismo tiempo pudo cometer el crimen.

Decidió visitarla.

Pero Norman Tyler no sabía que en otro punto de la ciudad de Nueva York las cosas habían empezado a precipitarse.

CAPÍTULO VII

El hombre no sabía que iba a morir.

Cuando entró en su casa aquella luminosa mañana, después de casi dos noches de lluvia, cuando dio un beso a su mujer y acarició los cabellos de su única hija, el hombre era ya un cadáver, pero estaba lejos de sospecharlo.

A pesar de que por su profesión hubiera podido saber algo de lo que sucedía, el hombre estaba ya barnizándose el lujoso ataúd de nogal que había de contener sus restos.

El hombre tenía un cochino oficio, esa es la verdad. Muy respetable, muy científico y muy necesario, pero que le obligaba a pasarse la vida metido en el depósito de cadáveres. Eso había hecho que los cadáveres fuesen para él algo así como el cemento es para el albañil, o sea una cosa pegajosa y que más bien fastidia a quién lo toca, pero en lo que ya no se pone atención.

Aquella mañana el hombre, después de acariciar los cabellos de su hija, tuvo el primer aviso.

Fue como un cansancio absurdo, como un agotamiento que le penetraba hasta el fondo de los huesos, como un desmoronamiento de todo su vigor. Pero no hizo caso.

Al día siguiente notó que apenas podía levantarse de la cama. Pensó con fastidio:

"¿Me estaré volviendo un vago? ¿Es que no podré soportar ni una jornada normal de trabajo? Pues estoy listo, porque mis vacaciones no empiezan hasta dentro de tres meses…"

Haciendo un esfuerzo, se levantó.

Fue a su trabajo y estuvo todo el día en la Morgue. Por la noche, al regresar a casa, no se tenía en pie. Pero atribuyó aquello a que no había probado nada en doce horas por falta de apetito.

El hombre no entendía lo que le pasaba, no podía comprenderlo.

Cuando, al ir a afeitarse, cayó de bruces en el baño y se partió una ceja contra el borde de la puerta, no sabía aún que aquella iba a ser su última caída.

No sabía aún que dos días más tarde iba a ser un cadáver como los que todas las jornadas él movía con la mayor indiferencia, mientras fumaba cigarrillo tras cigarrillo para que el suave hedor que algunos de ellos empezaban a desprender no le molestase.

CAPÍTULO VIII

Norman se enfrentó a Ethel.

Ethel na vestía ajustados pantalones, como su amiga Sylvia, ni una blusa casi transparente, sino un elegante conjunto de falda y chaqueta sastre, zapatos de alto tacón, medias color canela y un pañuelito acariciando la suave tersura de su cuello.

Estaba en la biblioteca municipal cuando él la abordó. Ethel trabajaba allí unas horas todas las mañanas, para hacer sus prácticas de bibliotecaria. A Norman Tyler le habían dicho que sería muy difícil encontrarla fuera de aquel sitio.

Vio a Ethel quieta al fondo de un pasillo cuyas paredes consistían en enormes muros de libros de Astronomía y Ciencias Exactas. Quieta entre ellos, la mujer parecía lo más dulce, lo más tentador y lo más femenino que Norman había visto jamás. Sintió inmediatamente, solo al entrar allí, el impacto de la presencia de la mujer. Tuvo la brusca sensación de que nunca había visto otra como ella.

Pero desechó aquel pensamiento.

—He venido a verla, señorita Ethel —dijo en voz baja—, para que hablemos de la muerte de su hermana.

Observó el pequeño adorno negro que ella llevaba en el ojal de su chaqueta. Pero eso era todo. Aquel adorno negro era el único detalle de luto que Marian había dejado como recuerdo en el momento de partir para el Más Allá.

—Me han dicho —añadió Norman— que me sería mucho más fácil encontrarla aquí. Por eso no he ido a su casa.

Ella dejó el libro que estaba catalogando y le miró largamente en la penumbra.

—En efecto, es fácil encontrarme aquí —susurró—. Terminé el año pasado los estudios de bibliotecaria, y estoy haciendo las prácticas, para obtener la licencia definitiva. ¿Quiere que pasemos a uno de los despachos?

—No, no… Podemos hablar aquí mismo. En realidad quiero hacerle algunas preguntas acerca de su hermana Marian.

—Me lo imaginaba. Es usted un policía, ¿verdad?

—Me llamo Norman Tyler. Pertenezco a la Brigada de Homicidios.

Ella, en pie ante el hombre, suspiró con cansancio. Pero en realidad lo que llegó hasta el hombre fue una estela de su perfume. Algo así como un poco de su intimidad de mujer.

—Diga, señor Tyler.

—Quiero saber a qué hora dejó usted a su hermana la noche en que

la asesinaron. Según parece, fue usted la última persona que la vio con vida.

Ethel dijo sin vacilar:

—Sobre las ocho menos veinte. Pero no me haga concretar con demasiada exactitud porque entonces no di la menor importancia a ese detalle.

Las ocho menos veinte… Era lo mismo que ella había dicho en el primer interrogatorio de la policía. Y además no había precisado los minutos con demasiada exactitud, lo cual era una cosa normal. Solo el culpable cuenta hasta los segundos para justificar su coartada; raras veces lo hace el inocente.

—¿A dónde fue a continuación?

—Al teatro, a encontrarme con mí amiga Sylvia. Íbamos a ver un ballet húngaro.

—¿Sobre qué hora llegó?

—No sé… Podían ser las ocho. Desde luego Sylvia ya me estaba esperando ante la puerta.

Todo concordaba. Claro que no era fácil que Ethel incurriese de buenas a primeras en una contradicción, pero al menos había que reconocer que su aspecto y sus palabras eran de auténtica inocencia. Por eso Norman preguntó inesperadamente.

—¿Qué enemigos podía tener su hermana Marian?

—Ninguno.

—Lo dice con demasiada seguridad. Todos tenemos algún enemigo…

—No cuando se cuentan veinte años, cuando se tiene lo suficiente para vivir sin necesidad de robar a nadie y cuando, se es jovial y bonita, despreocupada y alegre. Marian tenía todas esas virtudes. ¿Por qué alguien había de pensar en matarla?

—Quizá por tener esas virtudes murió.

Ethel parpadeó, sorprendida.

—¿Qué quiere decir?

—Puede que alguna persona la encontrara como usted dice: Jovial y bonita, despreocupada y alegre. Y la mató porque estaba enamorada de ella.

—Nadie mata a la persona a la cual ama —dijo suavemente Ethel.

—Al contrario. Al contrario, porque el amor es el sentimiento más egoísta que existe. El que ama sin ser correspondido piensa: “Si no ha de ser feliz conmigo… ¡que sea desdichada! Si no ha de aceptar mi amor… ¡que no lo encuentre en ninguna otra parte del mundo!” Y siguiendo esa extraña lógica, se puede llegar al crimen. Imagino que en esos casos el criminal debe ser el que más lo lamenta, pero en el momento de apuñalar o estrangular no piensa en ello. Por eso le pregunto si su hermana tenía algún pretendiente despachado y furioso.

—Tenía un prometido: Se llama Charlie.

—Sí, ya lo sé. Fue uno de los primeros en comparecer ante la policía, y aunque su coartada no resultaba demasiado perfecta, tampoco tenemos motivas para sospechar de él. ¿Qué piensa usted de Charlie?

Ethel entrecerró los ojos.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—Nunca me pareció un hombre serio ni conveniente para mí hermana. Eso no es ningún secreto; se lo dije a mi hermana muchas veces, y la servidumbre nos ha tenido que oír discutir en alguna ocasión. De todos modos iban a casarse; era ya inevitable.

Ethel guardó unos instantes de silencio, mientras su perfume femenino se hacía más penetrante en el angosto espacio, y luego añadió:

—De todos modos no creo a Charlie capaz de matar a nadie. Es un aprovechado y un informal, pero no un asesino.

—¿No había alguien más?

—¿Quién iba a haber?

—Jim.

Ethel parpadeó bruscamente, casi con una sacudida. El nombre le había producido un verdadero impacto.

—¿Cómo sabe usted lo de Jim? —preguntó.

—Los policías tenemos la mala costumbre de hacer averiguaciones.

Ella se llevó la mano a la frente con un gesto de cansancio que estuvo lleno de distinción.

—No debe pensar en él —susurró—. Jim era simplemente un vecino de Marian. Vivía ya allí cuando ella heredó y pudo comprar la casa. Jim es uno de esos jóvenes que trabajan poco y se divierten mucho, que tienen una colección de trajes aptos para cualquier acontecimiento, que conducen un coche deportivo a grandes velocidades, y si puede ser con una muchacha guapa al lado, que frecuentan los clubs elegantes y están acostumbrados a que las mujeres no les resistamos más allá de dos días seguidos, cuando deciden conquistamos. Pero esos son unos defectos que tienen casi todos lo “hijos de papá” de nuestra nación. En cambio, sí que puedo decirle que Jim no es un asesino.

—¿Cómo lo sabe?

—Basta mirarle a los ojos. Le faltaría valor para matar.

—¿Sabe que perseguía a Marian con una insistencia casi rabiosa?

—Sí.

—¿Sabe que ella le abofeteó?

—Sí.

Norman preguntó bruscamente:

—¿Sabe que sospechamos de usted?

Ella quedó como paralizada durante unos segundos, mientras respiraba con dificultad, pero enseguida dijo sin que su expresión se alterase:

—¿Por qué me confiesa eso? ¿No acostumbran los policías a guardar las sospechas hasta el último momento?

—Se lo digo para que se dé usted cuenta de que se está perjudicando. Defiende a esos dos hombres, a Charlie y a Jim. Parece no haber pensado que si ellos resultan inocentes, la principal sospechosa es usted. Solo a usted, hablando en términos materiales, puede beneficiar la muerte de Marian.

El rostro de Ethel no se alteró ni durante una fracción de segundo cuando dijo:

—¿Qué quiere que haga? ¿Qué le hable de sospechas que estoy lejos de sentir? ¿Qué me cubra detrás de dos hombres que no tienen más remedio que ser inocentes? —Alzó levemente los hombros y añadió—: Además ya imaginaba que sospecharían de mí. Una de las primeras preguntas que los policías se hacen siempre es la de a quién beneficia el crimen.

—En este caso la beneficia a usted. Lo que le dejó su hermana es una bonita herencia.

—Lo sé. Y puede que la matase yo, señor Tyler. Puede que la matase para heredarla, porque me volvía loca ser más pobre que ella. ¿Tiene algo más que preguntarme? ¿Me va a detener?

—No tengo todavía la autorización. Y si algún día he de detenerla, crea que no me gustará.

Ella fue a pasar por su lado, para abandonar el corredor, donde estaban los dos encajonados entre las murallas de libros. Pero el espacio era estrechó para ambos; era tan estrecho que por un momento quedaron encajonados, quietos, mirándose a los ojos y respirando silenciosamente.

El busto de la mujer subía y bajaba desacompasadamente. La línea ondulante de su cuerpo parecía llenar no solo aquel pequeño espacio; llenaba para Norman el mundo entero.

Ethel susurró:

—Váyase.

—¿Por qué he de irme?

—Estoy adivinando sus pensamientos. Por eso le ruego que me deje sola. Que se vaya.

—¿Cuáles son mis pensamientos?

—Sé que va a besarme.

—Y va a pedirme que no lo haga, ¿verdad?

—Exacto. No lo ha… ha… ga…

La voz de Ethel quedó cortada por los labios de Norman. Aquellos labios la apretaron, la torturaron, se posesionaron de ella, pero fue solo

durante un momento. Luego él se retiró, mientras sus ojos se cerraban un momento, como si no se comprendiera.

Era la primera vez que le ocurría aquello con una mujer.

Conocerla. Desearla rabiosamente, llenarse de su perfume. Besarla en un beso estéril que luego llenaría de dolor sus noches.

—Ha hecho mal, señor Tyler —dijo ella, roncamente—. Ha hecho tan mal que no sabré perdonárselo nunca.

—Le ruego que no lo tenga en cuenta —musitó Norman—. Podría decirle montañas de cosas en este momento, pero solo acierto a pedirle esto: No lo tenga en cuenta.

Ella dio un paso lateral, alejándose y saliendo de la estrecha cárcel que en el pequeño pasillo formaban los brazos de Norman.

—Adiós, señor Norman. Y si alguna otra vez tiene que interrogarme, hágalo en las oficinas de la Brigada. Será mejor.

—Lo tendré en cuenta. Adiós.

Ella se alejó. Ethel se esfumó del prosaico pasillo dejando en él la estela suave de su perfume.

Como un autómata, Norman salió también de allí y tomó su coche, que estaba estacionado en uno de los espacios libres que quedaban ante la Biblioteca Municipal. Pensativamente, lo puso en marcha y condujo a poca velocidad hacia el Hospital Bellevue. La noche anterior había dejado de hacer su rutinaria visita de inspección a la Morgue, y no estaría de más hacerla ahora, mientras el paseo, le servía para ordenar sus pensamientos.

Cuando llegó a las siniestras salas, que se sucedían unas a otra con sus rígidos huéspedes, lo primero que hizo fue dirigirse a la mesa donde noches antes estuvo el desconocido de los zapatos grandes.

Pero ya no estaba allí. La mesa se encontraba vacía.

Uno de los guardianes de turno se paseaba lentamente junto a la pared izquierda, con las manos unidas a la espalda.

Norman le conocía. Llamó:

—Bradley…

Bradley se acercó lentamente.

—¿Qué hay, fisgón?

—¿Y el tipo que estaba en esa mesa?

—¿El de los zapatos grandes?

—Sí, aquel.

—Lo "despacharon" ya. Está en uno de los cajones de la nevera.

—¿No lo ha reclamado nadie?

—Hasta esta mañana a primera hora, no. Y tampoco hay ninguna pista. En fin, ya lo sacarán tarde o temprano de allí. Con todos los muertos termina descolgándose alguien.

—¿Cuál es el resultado de la autopsia?

—No lo sé… —de pronto el ayudante hizo un gesto—. Quizá esté

en la oficina, pero… No, ahora que recuerdo esa no llegó a entregarse.

—¿Por qué?

—No dio tiempo.

—¿A quién?

El ayudante señaló hacia una de las mesas, la que Norman tenía justo a su espalda.

—Mírelo.

Norman se volvió de espaldas y tuvo como una sacudida al ver al hombre rígido y desnudo que estaba tendido allí. Encontrarlo en aquella forma era inexplicable y a la vez horrible y aleccionador. Porque el hombre estaba en una de las mesas sobre las que había trabajado tanto tiempo. Porque el cadáver era el de uno de los médicos titulares de la Morgue.

—Murió ayer —dijo el ayudante— y sus compañeros se han negado a certificar la defunción como natural.

Ahora le harán la autopsia y todas esas cosas que él hizo tantas veces… Lástima. Con una mujer y una hija…

Norman se llevó la mano derecha a los ojos, tapándoselos como si no quisiera ver, como si no quisiera pensar.

Y sin embargo, empezaba a atisbar un leve rayo de luz en todo aquello.

Una luz espantosamente negra.

CAPÍTULO IX

La mujer suplicó:

—No, no me beses…

Era una chiquilla que aún no parecía haber adquirido su forma definitiva, una deliciosa muñeca de cabellos largos y suaves, de ojos rasgados, de labios tentadores y, sin embargo, inocentes, de piel fina, suave y tersa. Era una encamación del deseo, de la pasión, y al mismo tiempo, por extraño que pareciera, una encarnación de la pureza.

—No me beses…

La penumbra la envolvía, la hacía más hechicera, más dulce, más íntima y deseable.

El hombre dijo con voz ronca, cargada de pasión:

—Nena…

No podía decir más, no se le ocurría en ese momento más que aquella palabra elemental y que para él lo resumía todo. “Nena”. La voz tensa, cargada de emoción, lo decía todo, sin palabras.

—Sé razonable…

Hacía calor en la pequeña habitación, a través de cuyas cortinillas penetraba la luz tamizada de la tarde. El ruido de uno de los más viejos ferrocarriles elevados de Manhattan hacía estremecer los cristales cada dos minutos, al pasar raudamente a menos de media manzana de distancia.

—¿Por qué me rehúyes? ¿No te das cuenta de que te quiero? ¿Es que no te he dicho ya que podemos casarnos dentro de tres meses?

Ella cerró un momento los ojos, confundida.

—No sé qué pensar. No sé, en realidad, qué es lo que debo creer de ti, te lo juro.

—Sabes que te quiero…

Intentó besarla de nuevo. El diván sobre el que estaban sentados los dos parecía empujarlos uno contra el otro. El calor de su tapicería parecía haber recogido la pasión lacerante de sus cuerpos.

—Nena…

—Te suplico que no te acerques a mí.

—¿Por qué?

—Me quemas…

El tembló como si aquellas dos palabras fueran un latigazo que excitase más su deseo, como si el contacto de la muchacha le hiciera perder el sentido, la razón, la memoria…

Ella suplicó:

—Tenemos que obrar como personas mayores. Tú ya no eres un

niño. Hemos de ser sensatos.

—¿Hay algo más sensato que casarse? ¿Hay algo más serio que pedir a una mujer en matrimonio?

—Mi madre todavía no ha dicho que sí.

—Pero tú…

La muchacha se puso en pie, desligándose de la presión de sus manos, mientras reía.

Su figura resultaba obsesionante recortándose al trasluz de la ventana, al marcarse las líneas rotundas de sus senos, de sus caderas, de su vientre. Su risa era, en el silencio, como una llamada. El hombre sintió que todo en él, toda su sangre, se había convertido en deseo y en llama.

—¿Y… tú qué dices? —jadeó.

—¡Tonto! ¿Qué quieres que diga? ¿No sabes que hace tiempo que estoy enamorada de ti?

El hombre se puso bruscamente en pie, y la abrazó como un loco. Sus besos cayeron como latigazos sobre el cuello, sobre las mejillas, sobre los labios de la muchacha. Latigazos de fuego. Ella se revolvió, como negándose a admitir la caricia, pero, al fin, quedó presa en los brazos tensos y apasionados del hombre.

Hasta que al fin la puerta se abrió de repente, y en ella apareció enmarcada la figura de una gruesa mujer cubierta con una bata.

—Pero, Ann… ¿Qué haces aquí? ¿Qué hacéis los dos?

La voz de la mujer era indignada. Ambas figuras se separaran inmediatamente.

Ann, con las mejillas irritadas aún a causa de los besos recibidos, se volvió hacia la puerta.

—Mamá, ya sabes que…

—¡Yo no sé nada! ¡A mí solo me importa saber que no os habéis casado aún y no está bien que aprovechéis cualquier momento para encerraros a solas! ¡Ni que él fuera un chiquillo! ¡Vamos! ¡Salid los dos!

Ann dijo en un susurro al oído del hombre:

—No te preocupes. Consentirá en nuestra boda, ya lo verás. Pronto seré tuya… ¡para siempre!

Salió ella delante, con las mejillas arreboladas.

El hombre la siguió silenciosamente.

CAPÍTULO X

El teniente Stevenson encendió un cigarrillo calmosamente, cuidando de que el detenido lo viera e inhalase el aroma de la primera bocanada de humo. Sabía que aquel hombre llevaba veinticuatro horas sin fumar y que hubiera dado cualquier cosa por un cigarrillo.

En efecto, le vio inhalar ansiosamente, mientras miraba el humo con ojos extraviados.

—Le daré diez paquetes enteros si confiesa —dijo el teniente Stevenson—. Ya ve si es sencillo; usted contesta a mis preguntas y yo le dejo en libertad y le doy encima tanto tabaco como quiera. ¿Le conviene el trato?

El hombre hundió la cabeza sobre el pecho, desalentado, mientras todo él parecía empequeñecerse. El humo del cigarrillo flotaba sobre su cabeza, pero él parecía no notarlo ya.

Susurró:

—He dicho ya todo lo que sabía.

—Todo, sí, muchacho. Claro que lo has dicho todo… Pero te falta lo más importante.

—¿Qué es lo más importante?

—Que tú estrangulaste a Marian.

El hombre se estremeció, como si hubiera recibido un latigazo, y hundió la cara entre las manos, mientras todo su cuerpo se convulsionaba.

—No fui yo… Saben que no fui yo… Lo juro.

—Al contrario. *Sabemos que fuiste.*

EL teniente Stevenson había envuelto en una mira da de desprecio al joven que estaba sentado en el centro del despacho, bajo la luz de los focos. Llevaba práctica mente veinticuatro horas allí, sin que cesaran los interrogatorios, y aún no le habían arrancado una palabra comprometedora. Pero se la arrancarían. ¡Vaya si se la arrancarían! Solo hacía falta insistir, insistir hasta que el tipo reventase…

Hizo una seña a uno de los detectives.

—A ver, empecemos de nuevo: Nombre.

—Lo he dicho ya cien veces…

—¡Nombre!

—Jim Lawford.

—Domicilio.

—119 de la calle Veintiséis Oeste. Es un chalet. Pero ustedes lo conocen. ¡Estuvieron allí!

—Muy bien, estuvimos. ¿Y qué?

—Ustedes saben que no miento…

—Nadie ha dicho que mientas… en eso. Sigamos. Profesión.

—No tengo.

—¿Ah, no? ¿De qué vives?

—Mi padre me da dinero…

El teniente escupió al suelo ostensiblemente, a los mismos pies del detenido.

—¿Te da dinero para un coche deportivo?

—Sí.

—¿Y para que salgas con chicas?

—Ta… También.

—¿No eras tú vecino de Marian, la víctima?

—Sssss… Sí.

—¿También quisiste comprarla a ella?

—¡Nadie ha dicho que quisiera comprarla! ¡Ella era una chica más rica que yo! ¡Se hubiese reído de mi dinero!

—Pero le hiciste proposiciones…

—Bueno… Procuré que habláramos.

—La molestaste.

—¡No!

Había intentado levantarse de su asiento. Stevenson y el detective que ayudaba en el interrogatorio le volvieron a su sitio de un empellón.

—Tuviste que molestarla desde el momento, en que ella te golpeó delante de testigos. Dime, valiente… ¿te había golpeado a ti alguna vez una mujer?

—No.

—Y la de Marian te hirió, ¿verdad? Te ofendió en lo más íntimo…

—Me humilló bastante.

—Por eso decidiste matarla…

—¡No y mil veces no! ¡No la maté! ¡Ustedes me acusan porque sí, tratando solo de confundirme! ¡Saben que no tienen ninguna prueba!

Stevenson hizo una señal para que apagaran los focos y encendieran todas las luces generales del despacho.

Parecía haber llegado al límite de su paciencia.

—No, ¿eh? —preguntó abruptamente—. ¿No tenemos pruebas? Muy bien. Pues ahora vas a verlas. Prueba número uno.

Abrió el cajón central de su mesa de despacho y depositó sobre ella una de las hojas del informe forense.

—Datos de la autopsia. Medidas probables de las manos del estrangulador. Coinciden con las tuyas.

—¡Eso es ridículo! ¡Millones de hombres tienen las manos iguales o casi iguales! ¡Un dato así no constituye ninguna, prueba!

Stevenson dijo, imperturbable:

—Prueba número dos.

Puso sobre la mesa una foto en que se veía el cadáver de Marian, tal como fue hallado.

—La víctima no intentó defenderse. No hizo nada por evitar al asesino. Conocía a este.

—¡Marian conocía a docenas de hombres!

—Muy bien. Y tú eras uno de ellos. Prueba número tres.

Extrajo otra foto donde se veían claramente impresas sobre el suelo de una habitación las huellas de unas suelas de zapatos muy manchadas de barro.

—Las huellas de los zapatos del asesino —dijo—. Coinciden con el número que tú calzas.

—¡Eso es absurdo! —aulló Jim—. ¡Ustedes saben que ninguno de los zapatos que tengo puede coincidir con esa huella!

Stevenson le miró con suspicacia.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Pues porque… porque…

La inesperada pregunta parecía haber desconcertado a Jim.

—Porque tú te preocupaste de destruirlos o de ocultarlos bien, claro —siguió Stevenson implacablemente—. Pero es un hecho innegable que gastas ese número de calzado.

—Usted no puede…

—Prueba número cuatro.

Stevenson depositó un molde sacado en yeso que acababa de extraer de un cajón lateral.

—Molde de una de las huellas que dejaste en el camino. Coincide exactamente con la anterior. Las huellas vienen de tu casa.

—¡Es ridículo! ¡Eso no puede ser!

—Prueba número cinco.

Una nueva fotografía fue depositada sobre la mesa. Esta reproducía una huella de un zapato impresa sobre una superficie de goma que debía ser el suelo de un automóvil.

—La misma huella en tu automóvil —dijo Stevenson—. Esta estaba muy borrosa, como si hubieran intentado eliminarla, pero debiste tomar más precauciones, amigo.

Miró a Jim Lawford. Este se había puesto en pie, sin que nadie se lo impidiese ahora. Sus facciones estaban descompuestas. Miraba al teniente con horror y al mismo tiempo con una especie de loco desafío.

—¡Usted está loco! ¡Loco completamente! —aulló—. ¡O es eso o es usted un asesino que a sabiendas quiere mat…!

Fue a arrojarse sobre el teniente, pero un puño surgió del pequeño grupo de hombres que asistían al interrogatorio. La mandíbula de Jim produjo un chasquido como si se hubiera roto en dos pedazos. Jim cayó a tierra, aullando, mientras se retorcía de dolor.

Norman Tyler se miró el puño con el que acababa de fulminar a

aquel hombre.

—Buen golpe —dijo Stevenson.

—Lo lamento, teniente. Vi que se lanzaba y…

—Ha hecho bien.

El propio Stevenson levantó a Jim como si fuera un guiñapo y lo dejó caer sobre el asiento que antes ocupaba.

—Mira, muchacho, vamos a ser razonables —ofreció—. Yo no tengo nada contra ti, salvo lo que me obliga a hacer mi deber profesional. Sé perfectamente que si te vapuleamos y te interrogamos sin descanso acabarás sacando todo lo que llevas dentro, pero me das un poco de asco y, en el fondo, también un poco de pena. Ya has visto las pruebas y ya has podido convencerte de que cualquier Jurado te enviaría a la silla eléctrica con solo lo que hay encima de la mesa. Pero, yo no quiero ver morir a un muchacho como tú, por muy inútil y muy haragán que sea. Te voy a dar una oportunidad.

Jim Lawford alzó la cabeza de pronto, como alucinado, igual que si aquellas palabras del teniente significaran su salvación eterna.

—¿De veras va a ayudarme?

—Sí. Los policías y el fiscal del Distrito hacemos a veces arreglos con los acusados. Si confiesas de plano, si no nos pones dificultades en el proceso, te doy mi palabra de que no se pedirá para ti la última pena.

El joven parpadeó unos momentos, como si en su interior midiese aquellas palabras, pero, al fin, abatió la cabeza y se puso a llorar.

—Ese no es un trato… —balbució—. Usted trata de enredarme a toda costa en ese maldito asunto. Pero en el fondo sabe que soy inocente. ¡Soy inocente!

Stevenson lo enderezó de un golpe para que quedase mejor sentado sobre la silla. El otro ya ni siquiera protestó.

El teniente sabía que su acusado empezaba a derrumbarse. No tardaría mucho en confesar la verdad y en escribir lo que fuese. Firmaría el atestado, pero había que tener paciencia. Era necesario que aquel haragán se diese cuenta de que estaba acorralado, de que mintiendo ya nada podía conseguir. Unas horas de reflexión a solas le vendrían bien.

Ordenó:

—Llevadlo a la celda y dadle algo de comer. Dadle también un paquete de cigarrillos. ¡Vamos, andando!

Entre dos hombres se llevaron a rastras al acusado. Este ya no reaccionó ni siquiera al oír mencionar la palabra “cigarrillos”.

Era, más que un hombre, un guiñapo.

Stevenson volvió a guardar las pruebas cuando el acusado hubo desaparecido de allí. Luego miró a Norman Tyler, con el cual había quedado solo en el silencioso despacho.

—Buen puñetazo, Norman —dijo con una sonrisa—. Tiene usted

madera de campeón.

—No tiene mérito derribar a un hombre que no espera el golpe —dijo Norman sombríamente—. Eso es fácil.

—Pero en este caso ha sido oportuno. ¿Qué opina de esto, muchacho? ¿Tardará en confesar?

—Las pruebas son concluyentes. ¿Cuándo le han detenido?

—Hace veinticuatro horas.

—No sabía nada. ¿Ha sido iniciativa de usted, señor?

—Lo he ordeñado yo, pero puede decirse que esa decisión flotaba en el aire. Las pruebas nos llevaban a casa de ese imbécil con tal evidencia, que al ojear los resultados de las primeras investigaciones ha llegado ya a la conclusión de que había que enchironarle. ¿Y usted, Tyler? Parece que usted ha seguido un camino distinto. ¿No opina igual que yo?

—Sí; opino lo mismo, señor. Pero tengo una idea y quisiera comprobarla. Una simple comprobación.

—¿Para salvar a ese tipo?

—Puede que le salve o puede que le condene del todo, pero debo cumplir con mi deber. Le ruego que me espere antes de tomar ninguna decisión, teniente. Voy a hacer esa prueba.

Norma Tyler salió de allí y fue directamente al depósito de cadáveres.

La idea no le dejaba vivir.

CAPÍTULO XI

Conocía a todos los ayudantes de la Morgue, y al que estaba de turno esa noche lo conocía también. Se acercó a él sin vacilar y le señaló la mesa donde estuvo el muerto de los pies grandes.

—Hola, Phil —dijo—. ¿Recuerdas tú un cadáver que estaba en esta mesa hace unas noches? ¿Un tipo que estaba extrañamente encorvado y que tenía unos pies muy grandes?

El llamado Phil lo recordaba.

—Sí. Le hicieron la autopsia hace poco, y a lo que parece, deben hacérsela otra vez, porque el que realizó el trabajo no pudo entregar su informe. ¿Sabes que murió?

—Sí, ya me enteré.

—¡Qué lástima! Casado y con una niña, ¿sabes? Lo curioso es que su muerte fue bastante inexplicable. Por lo que se sacó en claro de la autopsia, parece que sufría una leucemia galopante, o algo así. ¡Infiernos, una enfermedad que lo acabó en dos días! Si él llega a sospecharlo se hubiera hecho alguna transfusión de sangre, pero es que ni lo imaginó siquiera. Y el pobre ya está allí, metido en su ataúd, sin que…

Norman le interrumpió:

—¿Qué hay del fulano de los pies grandes?

—¿Cómo que qué hay?

—Quiero verlo. ¿No dices que es probable que le hagan la autopsia otra vez? Pues debe estar en la nevera.

—Sí, pero, no recuerdo dónde. A ver, déjame mirar los ficheros.

El facultativo subió con Norman a una de las habitaciones del piso superior, consultó en unos monumentales archivadores metálicos, y, al fin, apuntó unos datos.

—Bloque 2, pieza 115 —repitió—. Vamos allá, muchacho.

La pieza 115 era uno de tantos cajones metálicos donde se encerraba al muerto para que se conservase en la nevera. Algunos estaban meses y meses allí. El ayudante tiró aburridamente del cajón y mostró su contenido a los ojos de Norman.

Este ahogó una maldición.

Porque el cadáver estaba completamente desnudo.

—¿Qué te pasa? —preguntó el ayudante.

—¿Dónde están sus ropas?

—¿Y yo qué sé?

—¿Cómo que no lo sabes?

Uno de los vigilantes de la nevera vino hacia allí arrastrando

siniestramente su pata de madera.

—Las ropas de ese hombre se quemaron.

—¿Por qué?

—Fue orden del jefe. Como un médico había muerto tras hacer la autopsia a este tipo, el jefe ordenó que quemáramos todo lo que tuviese algo que ver con él y guardáramos el cadáver en la nevera, sin sacarlo bajo ningún concepto.

—¿Pero por qué? ¡Infiernos, la muerte de ese pobre médico no tendrá nada que ver con las autopsias que hizo! ¡Es imposible!

—El jefe lo ordenó así —gruñó el de la pata de palo—. Siempre hace quemar una cosa cuando no le gusta.

—Y nosotros obedecemos con mucho gusto. ¡Fuera porquería!

Con ojos hundidos, Norman vio cómo entre los dos hombres introducían el cajón en su sitio.

—¿Y los zapatos? —musitó como si hablara para sí mismo—. ¿Qué ha sido de los zapatos?

—Se quemaron también. ¡Y cómo ardían los condenados! ¡No hay cosa mejor que el cuero seco para animar una buena fogata!

—¡Necesito encontrar lo que quede de ellos!

—¿Está loco?

—¡Un pedacito de suela que se pueda encontrar tiene una tremenda importancia!

—¿Pero usted sabe lo que es un horno crematorio? —gruñó el de la pata de palo—. Diantre parece mentira que todavía pregunte esas cosas. Allí no se encontraría nada ni aunque lo examináramos con el microscopio electrónico.

Norman hundió la cabeza como si le hubiesen asestado un mazazo en ella.

—Esos zapatos eran una prueba decisiva —dijo con voz ronca—. Eran una prueba y la han destruido sin darse cuenta. Puede que un hombre inocente vaya a la silla eléctrica por esa causa.

Dio media vuelta y echó a andar cabizbajo hacia la salida, como si fuera su propio espectro.

* * *

Los dos detectives se turnaban en las preguntas. Estaban frescos, recién descansados, y no les afectaba en demasía el aspecto lastimoso del preso. Porque Jim Lawford iba sin afeitar, tenía las mejillas hundidas, los párpados semicerrados, el labio inferior hundida como en una extraña mueca. El elegante conquistador de los clubs de lujo no era ahora más que un guiñapo que daba cabezadas, sacudido por el sueño.

Pero los detectives no cejaban. Sabían que esta era su ocasión. Cuanto más destrozado estuviera aquel tipo, más pronto hablaría.

Uno de ellos preguntó por centésima vez:

—¿Cuánto tardaste en matarla?

—Quieren que me delate yo mismo, ¿verdad? Quieren que, sin darme cuenta, diga: "Un minuto, quizá dos", y eso será mi perdición —la voz de Jim Lawford era apenas un murmullo—. ¡Pero yo no la maté! ¡No la maté! ¡Y, además, ustedes saben que no pueden interrogarme! ¡El teniente Stevenson dijo que me dejaran descansar!

—Nosotros sabemos lo que hemos de hacer, sin necesidad del teniente Stevenson —dijo abruptamente uno de los detectives—. Aquí el único que no se da cuenta de la situación eres tú. Habla de una vez y no se pedirá para ti la pena de muerte.

—¡He dicho todo lo que sé! ¡Yo no volví a ver a Marian desde que ella me abofeteó delante de testigos! ¡Juro que no volví a verla!

Uno de los detectives bostezó:

—Bueno, tú te lo pierdes.

Se volvió de espaldas y fue poco a poco hacia la mesa despacho, donde había una gran cafetera. Se sirvió parsimoniosamente una gran taza de café.

El otro se volvió también.

—Oye, ponme a mí un poco.

—¿Media taza?

—Un poco menos. Yo te diré.

El primer detective vertió un chorro.

—¿Así?

—Un poco más.

Mientras los dos hombres estaban vueltos de espaldas al detenido, momentáneamente desentendidos de él, Jim Lawford les observaba con mirada capaz de hacer estremecer a cualquiera. Pero ninguno de ellos se daba cuenta.

Los dos estaban pendientes del café, pensando en su trabajo rutinario, mientras Jim Lawford miraba como un obsesionado el revólver del "45" que sobresalía de la funda Sobaquera del detective más próximo.

Sus dientes rechinaron. Debió ser un aviso para los detenidos, pero ellos no lo advirtieron tampoco.

Y, de pronto, Jim saltó.

Era joven, estaba sano y había practicado todos los deportes, desde el rugby a la equitación. Tenía los dedos ágiles y duros. La desesperación que le dominaba constituía para él, además, una nueva fuente de energía.

Saltó en fracciones de segundo, derribando la silla. El tipo que estaba junto a la mesa soltó de golpe la cafetera, y lanzó un grito.

—¡Cuida…!

No llegó a terminar la palabra. Su compañero ya rodaba por el

suelo, y el revólver del 45 con cañón recortado ya brillaba siniestramente en la derecha de Jim Lawford.

—¡Quietos!

El detective de más edad movió apenas los dedos.

—Muchacho, no cometas una locura. Si no sueltas ese revólver enseguida, bastará la mención de lo que ha ocurrido aquí para que cualquier jurado te declare culpable.

—¡Les he dicho que saldré de aquí! ¡No me atraparán nunca! ¡Y no intenten detenerme, porque…!

El detective suplicó:

—Oye, muchacho…

—¡Estese quieto! ¡No quiero matarle! No quiero matarles a ninguno de los dos, ¿oyen? Pero lo haré si tratan de moverse. ¡Den un solo paso y les juro que les barreno la cabeza!

—Oye…

—¡Saque el revólver! ¡Déjelo caer al suelo! ¡Hágalo ahora mismo o disparo!

El detective tenía experiencia, sabía que Jim estaba nervioso y que se jugaban la piel los dos. Un muchachuelo asustado es siempre peor que el criminal más empedernido, porque este sabe lo que le conviene, y el muchachuelo no.

—Reflexiona…

—¡Suelte el revólver o disparo!

—Es que…

—Empezaré a contar, y en cuanto llegue a tres les vaciaré el tambor encima. ¡Uno…!

El detective supo que la amenaza iba a cumplirse. Jim no quería matarles y quizá sufría tanto como ellos, pero apretaría el gatillo si no era obedecido al instante. Convenía tomar una decisión.

—¡Dos…!

—Está bien, muchacho… Soltaré el revólver.

El detective era hombre de experiencia y estaba entrenado para aquella clase de situaciones. Además, sus nervios eran de acero. Tocó el revólver como si fuera a sacarlo de la funda y lanzarlo a tierra, sin mirarlo siquiera, pero en el último segundo hizo un gesto, saltando de costado y apuntando con el arma, que pareció brotar de sus mismos dedos.

Jim aulló:

—¡Miser…!

No pudo terminar el insulto. Dos balas se le clavaron en el estómago y se dobló lentamente. Aún quiso disparar, pero un tercer disparo le alcanzó en la mano. Tuvo que soltar el revólver y cedieron sus rodillas, mientras el otro detective le ayudaba a caer arrojándose brutalmente sobre él.

—¡Sujétale!

Entre los dos hombres le inmovilizaron, aunque Jim se retorcía de dolor. El revólver fue enviado de un puntapié al otro lado de la sala. Jim lanzó un chillido y de pronto un chorro de sangre surgió de su boca y salpicó las camisas de los detectives.

Uno de estos gritó:

—¡Pronto, un médico!

Pero el que había disparado miró a su compañero con un mundo gesto de angustia, mientras una palidez cerúlea cubría su rostro.

—Es inútil… Le he dado demasiado bien… No quería matarle, pero a esta distancia siempre se corre el riesgo… No he podido precisar el disparo… Va a morir sin remedio.

Los dos soltaron a Jim, que aún se debatió unos segundos.

Luego lanzó un último grito y acabó sus días para siempre mordiéndose los puños de dolor.

CAPÍTULO XII

Sylvia ya no vestía los ajustados pantalones cuando Norman Tyler llegó ante la casa. Ahora usaba unos dos piezas de lanilla gris muy ajustado a sus esculturales formas, zapatos de alto tacón, medias y guantes finos de encaje. Acababa de descender de su lujoso “Oldsmobile” descapotable cuando Norman la vio. Y a pesar de que en aquellos momentos no le hubiera impresionado la belleza de ninguna mujer del mundo, pensó maquinalmente: “Está mejor así”.

Norman se acercó pausadamente mientras ella acababa de sacar el cuerpo de la caja del “Oldsmobile”, con una portentosa exhibición de piernas, ya que la muchacha, por lo visto, no se creía observada.

Al cerrar ella la portezuela, sus ojos se encontraron.

—Buenos días.

—¡Oh! —hizo ella suavemente.

Y sus gruesos labios temblaron un momento. Fue imposible saber si la sorpresa era fingida o real, pero, desde luego, no parecía esperar a Tyler.

Este susurró:

—Quisiera hablar un momento con usted, Sylvia.

—¿Por qué no? Precisamente ahora tengo tiempo libre. Entre.

Ella pasó delante, con un suave balanceo de caderas. La casa, muy bonita y muy artística, se convirtió en algo que ni siquiera existía a los ojos de Norman, puesto que este solo parecía ver la figura ondulante de Sylvia. Pero cuando ella se volvió, indicándole uno de los sillones, reaccionó inmediatamente.

—Quisiera hacerle alguna pregunta, Sylvia.

—Muy bien, pesquisa. ¿Qué ocurre ahora?

Sylvia cruzó las piernas, y los párpados de Norman temblaron. Tuvo que desviar la vista.

—¿Sabe que Jim ha muerto? —preguntó.

—¿Quién es Jim?

—El que pretendía a Marian, la asesinada. El que pretendía a la hermana de su amiga Ethel.

—Ah… Ya recuerdo.

—La policía lo baleó anoche. Intentó fugarse y robó un arma a uno de los policías que le interrogaban. El otro no tuvo más remedio que obsequiarle con algunas balas.

—Lo siento —dijo Sylvia con un soplo de voz.

Sirvió *whisky* en altos vasos labrados y añadió:

—De todos modos, si intentó fugarse… Imagino que el policía no

tendría más remedio que disparar.

—Sí, en efecto, así fue. No le quedaba otro recurso.

—¿Por qué viene a contarme eso a mí? ¿Cree que me alegra saber que alguien ha muerto?

—La policía ha dado carpetazo al asunto.

—¿Por qué?

—Es lo más natural. Jim era el presunto culpable, y había en contra suya una serie de pruebas que hubieran bastado para que cualquier jurado le condenase. Encima de esto, intentó hacerse con un revólver y escapar. La policía lo liquidó en defensa propia. ¿Puede pedirse mayor cúmulo de circunstancias?

—Entiendo poco de eso, pesquisa, pero creo que no.

—Y seguramente tiene usted razón.

—Si intentó escapar fue porque se sentía culpable —remachó Sylvia.

—Yo más bien creo que se asustó.

Los profundos ojos de Sylvia le miraron, por encima del borde del vaso.

—¿Sí?

—Jim era un jovenzuelo por el que yo no sentía la menor simpatía —dijo, suavemente, Norman—, uno de esos hombrecitos que lo han tenido todo hecho desde que nacieron, y que desde que se enteró de que en el mundo había dos sexos ha podido permitirse el lujo de ir persiguiendo a las chicas en un lujoso descapotable. Creyó que Marian sería una presa fácil más y no vaciló en molestarla y en insultarla casi. Pero el hecho de que no me resultara simpático no justifica su muerte… Sobre todo si no tenía nada que ver con el crimen de que se le acusaba.

Ella cruzó y descruzó las piernas en un lento, suave y excitante movimiento, lleno de encanto femenino.

—¿Usted cree que era así?

—No sé, pero lo cierto es que no he podido pegar ojo en toda la noche. Lamento mucho el hecho de que Jim haya muerto si era inocente, pero lamentaría mucho más que un culpable se paseara tranquilamente por las calles de Nueva York, ahora que se ha dado carpetazo al asunto.

—¿Y por qué no cree usted que el caso está bien cerrado, si sus jefes han decidido que debe ser así?

Norman se retorció los dedos nerviosamente.

—No sé, es como si un oscuro instinto me guiara en esto… Pienso que Jim tenía motivos aparentes para matar a Marian, pero ni un solo motivo *auténtico*. Y conociendo su carácter de hombre poco formado, no me extraña que se asustase ante la policía y cometiera la locura de intentar huir. Eso puede significar que él no es culpable.

—¿Y qué puedo hacer yo? —sugirió Sylvia.

—Recordar si existe algún detalle. Hacer memoria otra vez y recordar si hay algún dato que pueda cambiar la perspectiva del asunto. Sobre todo es muy importante lo de su asistencia al teatro aquella noche.

—¿Y qué quiere que le diga? Expuse ya todo lo que sabía. He narrado al minuto todo lo que hice aquella noche con mi amiga Ethel. ¿O es que ahora me considera sospechosa a mí?

—Si la considerara sospechosa no vendría a interrogarla de este modo.

Ella acabó su *whisky* y recogió sus largas y torneadas piernas, posándolas sobre el diván. En sus ojos había aparecido un brillo suave, un brillo dorado, un brillo de miel que parecía estar cargado de secretos. Pero Norman no quiso pensar que aquellos ojos le estaban mirando precisamente a él y que además se encontraba a solas con aquella deliciosa muchacha.

Solo dijo:

—Sylvia, yo le ruego…

—¿Por qué? ¿Por qué se preocupa tanto de este asunto? Yo estoy malgastando mi juventud detrás de la creación de unas esculturas que quizá no servirán para nada —señaló con un amplio ademán la sala, donde había numerosas esculturas, algunas de evidente mérito—. Por culpa de esa vocación artística que quizá sea inútil no me he divertido, no he sido, amada, no he vivido. Y usted me da pena, pesquisa, porque usted es peor que yo. Usted no se divierte, no vive ni es amado porque se ha empeñado e ir detrás de un fantasma, detrás de algo que no existe. ¿El culpable de un crimen? ¿Y qué? ¿Está seguro de que haya existido alguna vez? ¿No puede haber sido el mismo Jim, al que tanto compadece? ¿Por qué no se da cuenta de que es joven y debe vivir? ¿Por qué… no me sirve de modelo para uno de mis esculturas?

Norman se puso poco a poco en pie.

Había comprendido al fin lo qué significaba aquel brillo dorado, aquel brillo cargado de secretos.

Pero ante sus ojos estaba, era verdad, la imagen de un fantasma. El fantasma de un asesino que a aquellas horas podía estar paseándose libremente por las calles de Nueva York.

—Veo que usted no recuerda nada —musitó.

—¿Es que… se va?

—Tengo que atrapar a mí fantasma.

—Usted es idiota, pesquisa.

—Nací así, muñeca.

Norman fue hacia la puerta y la abrió lentamente. Ella dijo por entre sus dientes apretados, con apenas un soplo de voz:

—¡Imbécil! ¡Otro día volveré a ponerme pantalones ceñidos, a ver

qué pasa!

* * *

Norman se puso al volante de su coche. A través del parabrisas, y entre la vegetación que rodeaba los chalets, veía el “Oldsmobile” de la muchacha. Una auténtica bombonera para un auténtico bombón. ¿Pero por qué pensaba aquello? ¿Acaso no tenía nada mejor que hacer?

Apretó los labios.

Él era un fanático cumplidor de su deber, siempre lo había sido, y seguiría siéndolo.

Iba a apretar el *demarré* cuando una sombra masculina se dibujó junto a la otra portezuela.

Norman volvió la cabeza. Conocía a aquel tipo, diantre. Claro que lo conocía. Era Charlie, el prometido de Marian, la muchacha asesinada. Lo había visto por la Brigada durante los primeros interrogatorios que siguieron al crimen.

Abrió la portezuela.

—¿Qué ocurre, Charlie?

—Usted es el detective Tyler, ¿no? Recuerdo haberlo visto por la Brigada de Homicidios después de la muerte de Marian.

—Sí, en efecto, soy Tyler. ¿Qué venía a hacer usted por aquí? ¿Quizá a ver a Sylvia?

Charlie era un tipo elegante, quizá algo vulgar, pero con esa fuerza y ese apasionamiento que resultan atractivos para muchas mujeres. No sin cierto secreto sentimiento de despecho, pensó si Charlie y Sylvia tendrían algo que ver.

Pero si eso le dolía, no tuvo más remedio que tragarse la amarga píldora.

—Venía a ver a Sylvia, en efecto —dijo Charlie nerviosamente—. No sé si ella se ha enterado de la muerte de Jim.

—Se lo acabo de decir yo mismo. ¿Y qué pretendía usted al verla, Charlie?

—No lo sé exactamente… Usted, aunque sea un polizonte, quizá haya sentido uno de esos momentos en que uno se guía por impulsos… Yo conocía a Sylvia por haberla visto a veces junto a Marian y Ethel. Quería preguntarle sí… si lo veía todo conforme. Si no le parecía que era injusto terminar el asunto con la muerte de Jim.

Norman puso lentamente el automóvil en marcha.

—Si eso ha de tranquilizarle, le diré que yo también he sentido algo semejante —confesó—. Quería saber si Sylvia recordaba algo más que no nos hubiera dicho al principio, algo que permitiera enfocar los hechos bajo una nueva luz. Pero no recuerda nada. Creo que habrá que ir pensando en dar por bueno el carpetazo de la policía, Charlie.

—Y quizá el asesino de Marian esté libre…

—Quizá.

—¿No puedo hacer algo por ustedes? ¿No puedo remover las cosas para que el asunto se estudie otra vez?

—Las investigaciones solo podrían ser modificadas por una nueva declaración, y supongo que usted ya dijo todo lo que sabía.

—Así es.

—Entonces me temo que no podrá modificar nada, Charlie. Y lo siento más que usted.

Charlie hizo un ademán para que el automóvil se detuviese.

—Tengo mi bólido, por aquí; no se aleje demasiado. Pero tome nota, pesquisa; si para algo soy necesario, no vacile en llamarme. Declararé cuantas veces sea preciso.

—Solo sería útil si recordase, algo nuevo, Charlie, y no creo que pueda.

—Al menos lo intentaré.

—Gracias, Charlie.

El ex prometido de Marian descendió y se encaminó hacia un elegante “Packard” tras hacer un saludo con la mano.

Norman Tyler puso primera y arrancó de nuevo suavemente, mientras su cerebro se convertía en un volcán de pensamientos.

Se dijo que debía ir a la Brigada a revisar todo el caso, pero de pronto tuvo una idea mejor.

Aparcó su coche, descendió de él y tomó un taxi.

CAPÍTULO XIII

La muchacha estaba casi presa en los brazos del hombre. Aquellos brazos la oprimían, le hacían daño, la torturaban, sin embargo, ella no lo sentía. Para Anna los brazos del hombre eran una deliciosa cárcel.

Sintió sus labios en el cuello, besándola ansiosamente, en los lóbulos de sus pequeñas orejas y en los párpados cerrados.

Sintió que los besos la quemaban, que la hundían en un extraño éxtasis, que cambiaban su vida.

—Déjame… —susurró—. Tienes que ser prudente…

—Ya sabes que te quiero… Sabes que me vuelves loco.

—Pero debes comprender que estamos en casa y que mi madre puede llegar de un momento a otro… La pasada tarde nos sorprendió.

—Tu madre ha dado ya su permiso para nuestra boda No tendrá reparos en que te bese.

—Sé que no le gusta.

—Tu madre es una anticuada.

Anna rio deliciosamente, haciendo que vibraran sus labios debajo de los labios del hombre.

—Pero, anticuada y todo, ha dicho que eras un buen muchacho y ha dado permiso para nuestra boda.

Él la besó ciegamente, en un arrebato de pasión, sintiendo de una forma confusa que jamás había besado a una mujer tan bonita y deseable en todos los días de su vida.

—¿Cuándo nos casamos? —musitó luego, con voz ronca.

—Cuando tú decidas.

—Entonces dentro de seis días.

—Dentro de seis días, amor…

—… Serás mía, mía completamente…

—Y nada nos separará.

—Nada, vida mía…

Y el hombre volvió a inclinarse otra vez sobre aquellos labios túrgidos, sintiendo en los suyos el palpitar de la vida de Anna, mientras esta sonreía feliz y mientras las voces del amor hablaban a sus oídos silenciosamente.

CAPÍTULO XIV

Charlie entró en su apartamento. Tenía un dos piezas en uno de los lugares más bulliciosos de Nueva York, en la confluencia de Times Square, en un edificio donde todo eran locales de negocio, garitos, timbrazos y repiquetear de máquinas.

Pero él se sentía bien allí, meditando mientras los demás trabajaban. Él se sentía a gusto viviendo o recibiendo mujeres plácidamente, mientras a su alrededor la gran colmena de los desgraciados vibraba y producía.

Sí, aquel era un buen sitio. Discreto, decoroso, serio…

Lo malo era que había que dejar el coche a distancia, pero algún inconveniente han de tener los sitios céntricos, aparte el ruido, el ajetreo, los apretujamientos, la angustia y el asco de vivir. De todos modos, Charlie, cuando hacía girar la llave en la cerradura no parecía pensar en eso. Su expresión plácida y sonriente era la que un dibujante escogería para representar a un hombre feliz.

Entró y encendió la luz, porque el apartamento estaba ya en penumbra. Fue entonces cuando vio aquello.

Aquello era una cosa muy poco desagradable, sobre todo para un tipo como Charlie.

Las piernas de una mujer sentada cómodamente en el diván que había a la derecha de la entrada. Las piernas de una mujer que fumaba en silencio, esperando.

Las piernas se descruzaron, mientras Charlie musitaba:

—Ethel… ¿qué haces aquí? No te esperaba esta tarde.

Ethel se puso en pie. Estaba ligeramente sonrojada, pero algo había cambiado en ella desde que Norman la vio en la Biblioteca Municipal. Es decir, había cambiado su expresión, sus ojos. Ahora su mirada era dura y en todo su rostro palpitaba una secreta ansiedad, una especie de sutil malevolencia, como si el rostro de la bibliotecaria fuese una máscara que ocultara las auténticas facciones de otra mujer.

Charlie repitió:

—No te esperaba…

Ella se acercó lentamente, y sus labios temblaron al susurrar:

—¡Oh, Charlie, querido…!

* * *

El beso los unió. El chasquido de sus labios pareció llenar de ecos inciertos la tibia atmósfera de las habitaciones. Las manos de Charlie

acariciaron ansiosas el cuerpo de la mujer, aunque un observador imparcial hubiese notado que lo hacía más bien por costumbre, sin un auténtico deseo que guiara sus movimientos.

Cuando se separaron, fue para dejarse caer sobre el diván. Ella sintió entonces los brazos del hombre rodeando su cuerpo como un aro.

—¿Te has enterado de la última noticia? —susurró.

—Sí, ya imagino a lo que te refieres. Jim ha muerto.

—Y la policía ha dado carpetazo al asunto —susurró Ethel.

—Así es, Precisamente he querido cerciorarme y he hablado con uno de los polizontes que llevaba el asunto, un tal Norman Tyler. Me ha dado la sensación de que estaba muy desalentado; él sabe que la cosa está resuelta.

—¿Desalentado? Debería estar contento.

—Quizá barrunta algo, quizá cree que Jim no fue nunca el auténtico culpable. Pero no le quedará más remedio que ceder e inclinarse ante la decisión de sus jefes. Oficialmente, Jim, el muerto, es el que asesinó a tu hermana Marian. No tenemos por qué preocuparnos más.

—Y yo he empezado ya los trámites para cobrar la herencia… —dijo Ethel con una suave sonrisa.

Charlie se puso en pie y fue hacia el mueble bar, donde preparo dos combinados sin volverse hacia la muchacha. Con ellos en las manos, volvió lentamente hacia el diván.

—No puede decirse que nuestro plan no fuera ingenioso —comentó—. Tú siempre hablando mal de mí a Marian como si no tuvieras nada que ver conmigo. Y tú preparándote para aquella noche una coartada con los minutos medidos… No puede decirse que hayas trabajado mal, Ethel.

—Pero lo más importante lo has hecho tú. Tú sí que has sido, el verdadero artista.

Charlie bebió un sorbo de su combinado, mientras ella le imitaba.

—En realidad no tengo tanto mérito —comentó—. Fue todo maravillosamente sencillo. Solo tuve que presentarme ante ella y matarla sin guardar ni siquiera la precaución de ocultarme. Un crimen más fácil no creo que se haya cometido jamás en Nueva York. Lo único que resultaba algo complicado era encontrar un imbécil que cargara con la culpa de lo sucedido, pero hasta eso resultó facilísimo cuando tuvimos a nuestro favor la casualidad de que Marian tuviera un vecino: Jim, que la había molestado y que, además, *tenía los pies muy grandes.* Yo había visto en el depósito de cadáveres, adonde fui para una identificación, a un fiambre que tenía los pies enormes, y no me fue demasiado difícil volver y robarle los zapatos. Con ellos puestos, dejé unas cuantas huellas esenciales cerca de la casa y en el coche de Jim, y cometí el crimen. Luego los devolví.

Bebió otro largo sorbo de su alto vaso de *whisky* y añadió:

—No había duda de que Jim quedaba en muy mala situación. Cierto que la policía no encontraría jamás aquellos zapatos, pero por eso mismo serían más y más vehementes las sospechas de que Jim los había destruido. Por si eso fuera poco, él mismo arregló las cosas teniendo un minuto de pánico e intentando huir.

La muchacha había terminado también su *whisky*. Bebía velozmente, con una especie de ansiedad. Sus ojos brillaban como los de una gata en la penumbra que ahora cubría la estancia, y había recogido las piernas en el diván, bajo su cuerpo.

—Ahora ya no tenemos nada que temer —siguió Charlie—. Podemos casamos y disfrutar de nuestra fortuna, querida.

—¿Cuándo te parece que anunciemos la boda?

—Deberíamos esperar un poco, Ethel. Solo lo indispensable para que la policía no entre en sospechas.

—¿Dos meses?

—Dos meses me parece un plazo más que razonable. E incluso podríamos empezar a exhibirnos ya un poco en público, como si ahora se iniciase nuestra amistad; una de esas amistades que pueden desembocar en boda sin que nadie se lleve las manos a la cabeza. Por cierto, ¿has arreglado ya lo del testamento?

—Claro que sí —sonrió Ethel—. Te he dejado heredero a ti como tú me has dejado a mí, ¿no es cierto?

—¿Quieres hablar con el notario para asegurarte?

—¡Oh, no! No es necesario, Charlie.

Charlie volvió a llenarse hasta la mitad su vaso de *whisky*.

—No puede decirse que hayamos sido unos angelitos, muchacha.

—No siento ningún remordimiento. La felicidad tiene su precio.

—¿Estás segura de ser feliz junto a mí?

—Eres el hombre a quién más he querido en el mundo, Charlie.

Ethel estaba sonriendo, pero aquella sonrisa se borró poco a poco. Fue como si por su rostro fuera pasando lentamente una sombra. Hizo un gesto de dolor, y sus facciones quedaron tensas.

—¿Qué te sucede?

—Na… nada… Un pinchazo… Como otras veces.

—¿Es que otra vez has vuelto a tener aquellos ataques? Debí recordar que no te convenía beber… O, mejor dicho, debías habérmelo recordado tú. Ha sido una imprudencia.

Ethel se llevó los dedos crispados al costado derecho, algo por encima del lugar dónde está situado el apéndice.

—Los dolores… esta vez… son muy fuertes.

—Todos los que provienen de la vesícula biliar lo son —dijo Charlie—. Pero creo que podré calmarte.

—¿Tienes buscapina?

—Eso es lo que empleas tú, ¿verdad?

—Sí… Siempre buscapina en inyección intravenosa.

Charlie fue rápidamente al cuarto de baño y extrajo de un armario una cajita con seis ampollas llenas de un líquido amarillo y aceitoso.

—La he tenido aquí desde hace un par de semanas pensando que pudiera ocurrirte algo en mi apartamento, Ethel… Aquí está la buscapina. Pero tendré que buscar a alguien para que te inyecte por vía intravenosa. Yo no me atrevo…

Ella se había encogido sobre el diván y gemía entrecortadamente, mientras su cuerpo era recorrido por espasmos cada vez más rápidos.

—Me duele mucho, Charlie… Mucho…

—En ese caso no perdamos tiempo. Te inyectaré por vía intramuscular. No hay ningún peligro si la inyección se da lentamente, y los efectos son los mismos, aunque más lentos, y sin producir el sueño invencible de la buscapina intravenosa. Vamos, tiéndete de espaldas. Te aplicaré la inyección en la nalga.

Mientras él llenaba la jeringuilla, una súbita sospecha pareció cruzar como un rayo de luz por los ojos de la mujer. Tendió su mano izquierda.

—A ver, déjame que huela. No sea que te equivoques.

Acercó la ampolla abierta a la nariz y aspiró. No cabía duda, era buscapina. Charlie no pretendía engañarla.

—A ver, un momento… Es solo un pinchazo.

Ella ya se había tendido de espaldas.

—¡Ahhh…!

—¿Te duele?

—No, pero no vayas aprisa. Esa inyección tiene que ser muy lenta…

—Lo será, descuida.

Al terminar, Charlie depositó la jeringuilla sobre la mesa donde reposaban los vasos de *whisky*.

Ella se levantó y dejó resbalar la falda suavemente sobre sus bien torneadas piernas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Charlie.

—Es pronto aún… Pero la inyección siempre me produce como una sensación de descanso.

—Muy bien, es mejor así. Porque conviene que estés muy descansada para oír lo que vas a oír, Ethel.

Ella se sentó, dejando que su busto jadeante descansara sobre el respaldo del diván.

—¿Qué tienes que decirme, Charlie?

—Es muy sencillo.

—Bueno, pues dilo de una vez…

—*Voy a casarme con otra mujer.*

El cuerpo de Ethel sufrió una nueva sacudida, esta más fuerte que las anteriores; y sus ojos miraron como alucinados la figura de Charlie.

—¿Por qué, bromeas? ¿Por qué dices esas tonterías en una ocasión como esta?

—No son tonterías. Voy a casarme con otra mujer, una chiquilla de apenas dieciocho años; se llama Anna. Sus abuelos eran portorriqueños y tiene sangre tropical en las venas. Resulta la mujer más excitante, más apasionada y al mismo tiempo más pura que he conocido jamás.

No cabía duda de que Charlie estaba hablando en serio. Bastaba advertir el brillo de sus ojos para darse cuenta de que los recuerdos le enardecían, de que solo el nombre de la muchacha, "Anna", llenaba ya para él el mundo entero.

Con un mudo horror, con una silenciosa evidencia que le llegó hasta el alma, Ethel se dio cuenta de que él, Charlie, el hombre por quien había sido cómplice del asesinato de su propia hermana, amaba a otra mujer.

Pero aún le costaba admitir aquello. Aún no podía convencerse de que las palabras de Charlie fuesen una evidencia.

—¡Mientes! —gritó—. ¡Tú te estás burlando de mí!

Hasta el dolor lacerante que la dominaba unos segundos antes había desaparecido para dejar paso a una indignación y una duda que la corroían hasta el fondo del alma.

—¡Mientes!

—No miento, Ethel. ¿Quieres que te enseñe su fotografía? ¿Quieres que te dé sus señas?

Una nube roja pasó por las facciones de Ethel. Sus dedos temblaron mientras arañaba sin darse cuenta el borde de la mesa.

—¡Eso es! ¡Dame sus señas! ¡Dame sus señas para que yo le pueda explicar qué clase de bicho inmundo eres! ¡Y para que la policía sepa qué clase de trabajo repugnante hiciste con la pobre Marian!

—Si hablas con la policía saldrán muchas cosas que a ti no te favorecen, Ethel —dijo tranquilamente Charlie—. ¿Por qué no reflexionas un poco antes de decidirte a dar un paso así?

Ella se le arrojó casi encima, pero sus fuerzas la abandonaban. De la culta bibliotecaria que conoció Norman ya no quedaba nada. Era solamente una mujer enfebrecida, una leona que luchaba por su felicidad. Cuando Charlie se apartó, ella tuvo que apoyarse grotescamente en la mesa.

—¡Eres un miserable! —aulló—. ¡El bicho más repugnante que he conocido jamás! ¡Peor que una serpiente venenosa!

—Te conviene reflexionar, Ethel…

—Lo que no comprendo es por qué me lo has dicho ahora… —susurró Ethel, enterneciéndose, sintiendo que las rodillas se le doblaban—. Pudimos haber sido tan felices… Quizá hubiese sido mejor que me enga…

Charlie dijo enfáticamente:

—¿Qué te engañara? No, eso no hubiese sido leal.

—¿Hablas de lealtad tú, perro?

Charlie no se inmutaba. Sus facciones seguían impasibles cuando dijo:

—¿Por qué no vas a dar un paseo, nena? ¿Por qué no volvemos a hablar de esto cuando estés más calmada?

Ethel se llevó una mano a la frente y se tambaleó.

La buscapina empezaba a producir sus efectos, y aunque las sensaciones llegaban bien hasta ella, parecían apenas rozarla, como si antes atravesaran una barrera de algodón.

—Sí, tienes razón… —musitó—. Quizá después te des cuenta de que al fin y al cabo te quiero, de que lo he hecho todo por ti… Será mejor que hablemos más tarde.

Tambaleándose, salió del apartamento. Y tambaleándose entró minutos después en el veloz y pequeño coche de dos plazas que había conseguido estacionar unas yardas más allá.

Pulsó el *demarré* con furia.

Las sensaciones seguían llegando hasta ella lentamente, muy lentamente, como si aún estuviese envuelta en una capa protectora de algodón.

⋆ ⋆ ⋆

Norman vio aquel coche hendiendo como una flecha la abigarrada Broadway Avenue, y vio también la muchacha que lo conducía. Se dio cuenta de que el estado de Ethel no era normal y una sospecha súbita pareció estallar en su cerebro.

Aquella sospecha no tenía aún sentido, no tenía forma, pero le impulsó de momento a seguir a aquel automóvil, que parecía ir en busca de un accidente. Corrió en busca de su coche, lo puso en marcha y maniobró hábilmente por entre el mar de vehículos, haciendo incluso un giro prohibido, para colocarse a una distancia relativamente corta del automóvil de Ethel.

No se dio cuenta de que alguien le seguía a él. No vio que Charlie conducía también tras ellos.

Para Charlie aquel momento significaba la culminación de una larga etapa de trabajos e inquietudes. Bien era cierto, que había planeado al principio el asesinato de Marian para disfrutar de su fortuna en unión de Ethel, que le agradaba infinitamente más. Pero pronto Ethel había sido sustituida por la irresistible Arma, que, además había parecido traer a su vida como un hálito de juventud y de pureza. Delante de Anna, todo lo demás se esfumaba. Y ya que Ethel había hecho testamento en favor suyo… ¿por qué no dejar que se matase? ¿Por qué no provocarle unos dolores en su sensible vesícula biliar,

mediante una mezcla irritativa que había vertido en el *whisky*? ¿Y por qué no inyectarle buscapina, que era el remedio adecuado, pero que disminuía alarmantemente el control de los nervios? ¿Y por qué no decirle la verdad enseguida, para dejarla al borde de la locura… y con un volante entre los dedos?

Charlie sonrió satisfecho, mientras veía a Ethel adentrarse por calles cada vez menos concurridas y apretar el acelerador cada vez más.

Todo había salido perfecto. Si Ethel se mataba, la fortuna de Marian pasaría a ser suya. En la autopsia no encontrarían más que buscapina dentro de sus vísceras, y la buscapina es un medicamento que muchas personas usan, entre ellas la misma Ethel. Además, por si fuera poco, tenía un testigo delante suyo. Un policía, nada menos, un pesquisa que les había seguido hasta lo que fue antaño su nido de amor. Él, queriendo acusarles, significaría la más eficaz defensa para Charlie.

Todo estaba saliendo bien, muy bien. Mucho mejor de lo que nunca se atrevió a soñar.

Y cuando vio aquel camión cruzarse en el camino de Ethel, después de ignorar ella una luz roja que le cerraba el paso, Charlie tuvo que cerrar los ojos un momento, porque hasta a él mismo le dio vergüenza notar en el retrovisor, antes de aplicar los frenos, el brillo de satánico placer que había aparecido en sus pupilas.

CAPÍTULO XV

El coche fue a estrellarse materialmente contra un costado de las ruedas del camión, quedando empotrado bajo la caja. Ethel, convertida en un muñeco dentro de la carrocería, fue despedida y rechazada dos veces, sufriendo unos impactos que hicieron estremecerse a Norman, incluso, a la distancia a que se hallaba. Cuando el camión frenó y su conductor descendió de la cabina lanzando gritos, ya no le cupo ninguna duda al detective de que la muchacha estaba muerta.

El automóvil produjo un violento chirrido de frenos y resbaló sobre la calzada, cuando Norman lo detuvo a muy poca distancia del lugar del accidente. Vio que el vehículo conducido por Charlie había frenado ya.

Charlie se acercó al coche siniestrado y abrió la portezuela de un golpe. Ethel cayó a tierra, resbalando de entre sus brazos. Solo una ojeada le bastó al hombre para darse cuenta de que tenía la nuca rota, de que estaba muerta.

No se molestó demasiado en fingir dolor. La dejó suavemente tendida sobre el asfalto, mientras el conductor del camión se mesaba los cabellos, diciendo que la culpa no, había sido suya. Un numeroso grupo de personas se congregó en un instante. Se oyó bruscamente, un par de manzanas más allá, el silbato de un policía.

Charlie se volvió con lentitud, y sus ojos encontraron los de Norman.

—Lo siento. Ha mu…

El impacto del puño derecho de Norman hizo temblar toda su cabeza. Mientras caía hacia atrás, con los brazos en cruz, tuvo la sensación de que su mandíbula había sido deshecha.

Lanzó un puntapié al aire, pero Norman le sujetó la pierna por el tobillo, haciéndole dar una vuelta completa en el aire. Gimiendo entrecortadamente, Charlie cayó como un fardo entre las ruedas del coche.

Un agente de tráfico que parecía haber surgido como por encanto, sujetó a Norman.

—¡Eh! ¿Pero qué infiernos hace?

Charlie se puso en pie.

—¡Le denunciaré por malos tratos, polizonte! —gritó, apuntándole con el dedo—. ¡Le denunciaré a sus jefes y esto le costará el puesto, maldito!

Norman, zafándose de los brazos del agente de tráfico, sujetó por las solapas a Charlie.

—¡Te he estado siguiendo y he comprendido lo que había entre tú y

Ethel, perro sarnoso! ¡Entre los dos debisteis arreglar lo de la muerte de Marian para que le dejase su fortuna a Ethel, con lo que debías pensar disfrutarla al casarte con ella! Pero luego surgió otra mujer, ¿no es cierto? ¡Seguro que has logrado que ella te nombrase su heredero y luego le has dado un narcótico para que se estrellase! ¡Habla, granuja! ¡Habla o te…!

Charlie le apartó bruscamente, de un empellón, sintiéndose ya más seguro de sí mismo. Cierto que aquel maldito policía no era idiota, y que sus conclusiones resultaban casi exactas, pero si todas las pruebas que tenía eran aquellas, Charlie podía estar bien tranquilo. Nadie le detendría.

—¿Quiere que vayamos a la Brigada de Homicidios? —gritó—. ¿Por qué no me lleva allí? ¡Vamos, atrévase!

En aquel momento, un coche patrulla llegaba haciendo ulular sus sirenas. El sargento que lo mandaba empezó a apartar a la gente.

—¡Vamos, muchachos, circulen y váyanse a tomar un *whisky*, con mosca dentro! ¡Hala, largo de aquí! ¡Despejen!

Saludó a Norman.

—¿Qué ocurre?

—Vamos a llevar a la Brigada a ese tipo —masculló Norman—. Es un asesino.

—¿Un asesino? ¿Y él qué dice?

Charlie se encogió de hombros, con una suave sonrisa.

—Vamos… Que me lleven a la Brigada, sargento. Va a tener una bonita sorpresa.

El sargento se rascó la oreja.

—No podemos detenerle legalmente puesto que no hay orden de detención ni flagrante delito. ¿Usted se opone a que lo traslademos a la Brigada? ¿O quiere venir voluntariamente?

—Prefiero ir voluntariamente.

—¡Pues adentro!

Dejando un par de agentes en el lugar del suceso, el coche patrulla se largó con el detenido, mientras Norman seguía detrás con su automóvil. Una vez en las dependencias de la Brigada empezó a desarrollarse allí una actividad febril.

* * *

Lo primero fue lo rutinario, lo que ocurría siempre. Filiación de Charlie y comparación de sus huellas. Resultó que no estaba fichado ni buscado por delito alguno, cosa que, de todos modos, Norman ya daba por segura. A continuación, petición urgente de la autopsia del cuerpo de Ethel y análisis de sus vísceras. Petición de información al Registro, de Últimas Voluntades para saber cuál había sido el testamento de la

muchacha.

Norman pidió algo más. Solicitó que el fiscal del Distrito estuviera ya desde el principio al tanto de los acontecimientos para que dictase inmediatamente orden de detención contra Charlie.

La actividad que se desarrolló a partir de aquellos momentos fue febril y angustiosa, porque de lo que se averiguase podía resultar una pena de muerte… o la libertad para un asesino.

CAPÍTULO XVI

Charlie estaba muy tranquilo. Lo estuvo desde el primer momento, cuando al entrar en la Brigada pidió goma de mascar y un periódico para matar el tiempo. Y lo seguía estando veinticuatro horas después, cuando lo condujeron al despacho del fiscal del Distrito, aunque su aspecto no era tan brillante como el que tenía la tarde anterior. En cuanto a Norman, no se había afeitado, probado bocado ni pegado un ojo en veinticuatro horas. Su aspecto era el de un hombre derrotado que juega su última baza.

La última baza de la Ley.

Con las pruebas conseguidas en aquellas veinticuatro horas tenía que convencer al fiscal del Distrito. Tenía que lograr una orden de procesamiento contra Charlie, o todo se habría perdido. En las próximas horas podría saberse si un hombre tenía posibilidades de cometer el crimen perfecto, de reírse ante las narices de la Ley.

Charlie estaba algo pálido cuando entró Norman. Este preguntó:

—¿Te sientes mal?

—Un dolorcillo sin importancia, gracias. Pero a ti, pesquisa, no te importa.

Norman encendió un cigarrillo con pesados movimientos.

—Si crees que te tengo un odio especial, Charlie, estás equivocado. A mí, lo único que me interesa es que el crimen se pague, lo cometa quien lo cometa. De modo que voy a hacer lo posible para que tú pagues, Charlie, porque no eres más que un asesino.

El fiscal del Distrito arrugó el ceño.

—¿Por qué le llama asesino? No tiene pruebas…

—¿Usted cree?

—A ver, examinémoslas. En cuanto al primer crimen, no hay nada que nos lleve a creer en la culpabilidad de este hombre. Cierto que la víctima no se asustó en el primer momento, lo cual indica que conocía al asesino. Pero si bien conocía a Charlie, su prometido, también conocía a Jim, su vecino.

—Los zapatos no eran de Jim —susurró Norman con cansancio—. Fueron robados a un cadáver de la Morgue que tenía los pies enormemente grandes, lo mismo que Jim. Yo lo vi. El asesino pensó que esa podía ser una pieza de identificación magnífica, porque él tiene los pies de tamaño normal.

—Muy bien —dijo el fiscal del Distrito—. ¿Y dónde están esos zapatos?

Norman se mordió el labio inferior. Se lo mordió con tanta fuerza

que estuvo a punto de brotar la sangre.

—Los zapatos, junto con las ropas del muerto, fueron al horno crematorio —reconoció.

—¿Lo ve? —preguntó airadamente el fiscal—. ¿Cree que puedo sostener una acusación basándome en esa prueba que no existe? ¿O es que voy a jugarme mi puesto porque usted tenga antipatía a este hombre?

—No, tengo la menor antipatía —dijo Norman con cansancio—. Para mí es algo así como un asesino desconocido, pero por ser un Asesino debe pagar. Poseo la copia del testamento en que Ethel le declara heredero a él. Eso prueba que engañaba a Marian con su propia hermana.

—La cual no significa, ni mucho menos, que pensara matarla. Yo también he engañado alguna vez a mí mujer y…

—¡Por Dios, basta de tonterías! —los propios nervios de Tyler le pinchaban como alfileres dentro de su cuerpo—. ¡Dese cuenta de que no estamos bromeando, de que nos exponemos a que un asesino se ría de nosotros después de cometer dos crímenes! ¡Razone con lógica! ¡Solo razonando con lógica se dará cuenta de que es culpable!

—Razonar con lógica es lo que estoy haciendo —dijo fríamente el fiscal—. ¿Es que no se da cuenta de que miro el asunto con mucha más frialdad que usted? Yo debo acusar a este hombre ante un jurado, y eso no se hace a la ligera, sin una confesión, unos testigos o unas pruebas, por leves que sean. ¿Qué pruebas hay aquí? ¡Vamos, hable!

Norman susurró:

—Ethel estaba bajo los efectos de una inyección de buscapina cuando se estrelló. La autopsia lo ha demostrado. En esas condiciones no podía ser dueña de los mandos de su coche.

—¿La obligó alguien a conducirlo?

—No —reconoció Norman—. Lo hizo ella sola, y creo que por su propia voluntad.

—¿Entonces…?

—La buscapina se la administró Charlie. Hemos encontrado la jeringuilla con sus huellas en el apartamento.

—No lo niego —dijo Charlie—. En efecto, se la administré yo.

—¿Por qué?

—Ethel padecía de la vesícula biliar. Contracciones, ¿sabe? Los dolores eran a veces agudísimos, y en esos casos el calmante más indicado es la buscapina. Yo la tenía allí por si alguna vez era necesaria.

El fiscal los miró a los dos.

—¿Ha revelado la autopsia que Ethel sufría esa enfermedad? ¿Dónde están los resultados?

Norman se mordió otra vez el labio inferior. Y ahora sí que brotó la sangre.

—No es necesario que los repase —musitó—. Los informes son concluyentes, y además he interrogado al médico personal de Ethel. Ella padecía graves trastornos en la vesícula biliar.

—Por consiguiente, hemos de estimar que la aplicación de la buscapina fue una medida acertada… —sugirió el fiscal.

—No lo niego —reconoció Norman—, pero… ¡Pero este tipo aprovechó todas las circunstancias y las combinó para un doble crimen! ¡Sé que este tipo es un asesino!

Ahora la sonrisa del fiscal fue suavemente burlona.

—¿Cómo lo sabe, Tyler? ¿Intuición?

Tyler se llevó una mano a los ojos. Por primera vez desde que ingresó en la Policía se presentaba ante él un criminal que no solo no iba a ser castigado, sino que ni siquiera necesitaba abrir la boca para defenderse, por que las pruebas absolutorias hablaban por él. Por primera vez, Norman observaba —con asombro y con horror— que una fría inteligencia y una carencia total de escrúpulos podían valer más que toda su técnica, que todo su sentido profesional, que toda la experiencia de una de las policías más entrenadas y más costosas del mundo.

El fiscal del Distrito se puso en pie y le palmeó con suavidad la espalda.

—No tenga remordimientos, Tyler. Usted es un policía pundonoroso y ha llevado su investigación hasta el límite, incluso después de cerrado oficialmente el caso. No se le puede exigir más. Pero tampoco se empeñe en perseguir fantasmas, Tyler. Querer acusar a un inocente es peor que salvar a un culpable, Tyler, aunque se haga de buena fe.

Miró a Charlie duramente, mientras decía:

—En cuanto a usted, Charlie, piense que en cierto modo comparto las sospechas del detective Tyler. Es todo demasiado bonito, demasiado favorecedor para usted, y eso es extraño, porque todos sabemos que la vida nunca regala nada. Pero no hay pruebas, y, por tanto, me libraré mucho de acusarle. Queda usted en libertad.

Charlie se puso en pie mientras se abotonaba la americana. Sus facciones, hasta entonces muy pálidas, adquirieron un suave color.

Sonrió burlonamente.

—¿Puedo irme?

—Claro.

Norman se tragó su impotencia porque sabía que el que iba a salir libre por aquella puerta no era más que un asesino. En último movimiento reflejo aún alzó el brazo, aún intentó detenerlo, pero al fin terminó por hundir la cabeza, sintiendo en su propia carne aquel ultraje a la Ley.

—Charlie dijo burlonamente desde la puerta:

—¿Sabe, Norman? Voy a casarme pronto. Voy a casarme con una deliciosa chiquilla llamada Anna. ¿Quiere asistir a la boda?

Y cerró tras él con suavidad, mientras emitía una silenciosa risita.

* * *

El fiscal rodeó lentamente su mesa y se encaminó hacia uno de los armarios que había en su despacho, junto a la biblioteca:

—¿No quiere un trago de *whisky*, Norman? Tengo la sensación de que le caerá bien.

Norman se puso en pie lentamente. Parecía haber envejecido diez años. Sus brazos caían sin fuerzas a lo largo del cuerpo, sus hombros estaban abatidos y su cabeza hundida. Era un hombre joven y que, sin embargo, hacía pensar inevitablemente en la desesperación, en la vergüenza, en la muerte.

Norman, o más bien la sombra de lo que había sido Norman, caminó hasta la puerta.

—¿De veras no quiere? —preguntó el fiscal.

—No, gracias… No podría beber ahora.

Tocó el pomo. Fue a girarlo. En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—Es para usted —dijo el fiscal, después de captar la llamada—. De la Morgue.

—¿De… la Morgue?

—Sí. No sé para qué pueden llamarle, pero seguro que preguntan por usted.

Norman, sin que desapareciera su gesto de cansancio, tomó el teléfono. Bueno, le llamaban de la Morgue. ¿Qué tenía de extraño? A un tipo que estaba en su situación solo se le puede llamar desde el depósito de cadáveres o desde el infierno.

—Diga…

—Hola, Tyler, soy Plott, de la Morgue… Quiero darte una noticia que no tiene mucha importancia, pero que es curiosa… ¿Tú te acuerdas de aquel muerto de los pies grandes que no lográbamos identificar? Seguro que te acuerdas, porque preguntaste varias veces por él. Sí, justamente te llamo porque sabía qué tú estabas interesado… Pues bien, ya se pudo verificar la identificación. Se trata de un tipo que trabajaba en los laboratorios atómicos de Oak Ridge… No, no tenía un cargo importante, pero era de los que manejan sustancias radioactivas, y por lo visto cometió un error. Quedó contaminado y estaba de radioactividad hasta los huesos. Era como un pedazo de uranio con patas. Él no lo sabía, y por eso se escapó sin permiso, para echar una canita al aire… Bueno, eso era todo… Por eso el médico que le hizo la autopsia sin tomar precauciones murió también… ¡Y menos mal que

nadie se puso sus ropas, muchacho! ¡Menos mal que a nadie se le ocurrió, por ejemplo, ponerse sus zapatos!

Norman colgó lentamente, sin fuerzas, sintiendo que todo en él temblaba, que le temblaban los dedos, la mandíbula. Que le temblaba la piel.

EPÍLOGO

Charlie subió ansiosamente las escaleras, al otro extremo de las cuales le esperaba Anna. Una Anna más joven y deseable que nunca, más bonita, más anhelante y más llena de amor. Una mujer que llenaría de pasión todos los días y, especialmente, todas las noches de su vida.

Mientras ascendía, Charlie pensaba en eso. Pensaba que era un hombre rico, que ya nada tenía que temer de la Ley, que era, un hombre libre para vivir, para amar, para gozar lo mejor que la existencia tiene.

Podría casarse con Anna enseguida. ¿Por qué esperar? Sacarían la licencia un día más tarde…

El dolor le detuvo. Aquel dolor estúpido en la columna vertebral, aquel hormigueo que sentía desde un par de días antes… Pero no quiso hacer caso. Siguió ascendiendo, Anna llenaba sus ojos. Anna…

Susurró su nombre como si lo besara, como si lo hiciera definitivamente suyo:

—Anna…

Fue entonces cuando el dolor le detuvo de nuevo. Cuando sintió que todo vacilaba en torno suyo. Fue entonces cuando, al mirar hacia arriba, vio en los ojos de la muchacha una extraña expresión de horror.

¿Por qué aquella expresión? ¿Por qué ella se había llevado la mano a la boca? ¿Por qué él…? ¿Por qué él tocaba los peldaños con las manos, como si se estuviese encorvando? ¿Qué era aquello? ¿Por qué se había pegado junto a la pared, aullando de dolor? ¿Por qué Anna, desde arriba, lanzaba aquel grito de espanto?

Charlie cayó rodando escaleras abajo. Él no se daba apenas cuenta, pero su cuerpo se estaba crispando y el miedo y el dolor le hacían lanzar extraños aullidos. Él no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que se vio rodeado de rostros ansiosos, hasta que el dolor penetró en sus entrañas, hasta que se oyó a sí mismo pronunciar, con una voz que parecía llegar desde infinitamente lejos:

—No quiero morir… No quiero morir… No quiero morir…

* * *

Sylvia, que todavía llevaba las manos manchadas de barro a causa de haber estado modelando, fue la que abrió la puerta.

Usaba una blusa muy descotada y unos *shorts.* Sus piernas largas, llenas y doradas brillaban al sol tibio de la tarde. Después de venir del lugar de donde venía, a Norman aquellas piernas le parecieron las de

un sueño mágico con tecnicolor y todo.

Pero ella notó enseguida su expresión más bien triste y su corbata negra.

—¿De dónde vienes, pesquisa?

—De un entierro.

—¿De… un entierro?

—Sí. Se ha muerto un tipo llamado Charlie, al que han tenido que enterrar en un ataúd de plomo a prueba de radioactividad. Él me había invitado a su boda, y yo he ido a su entierro. Es una justa correspondencia.

Ella cerró la puerta, un poco asombrada, y le indicó el diván. Norman se sentó en él. No sabía bien por qué, pero mientras ella preparaba los vasos de *whisky*, mientras aspiraba el aire quieto de la casa, se sentía como en su propio hogar.

¿Y él había pensado seguir soltero durante muchos años? ¿Estaba seguro de haberlo pensado realmente?

Sylvia se volvió con los vasos.

—¿Qué te pasa, pesquisa? Estás raro hoy, ¿no?

—No. Solo ocurre que he estado pensando en lo que me dijiste el otro día de que estamos perdiendo nuestras vidas.

Ella se sentó a su lado, muy a su lado, con los vasos en las manos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has decidido?

—Que la vida hay que aprovecharla.

Sin que ella se resistiera, la besó. Sin que ella se resistiera, los dos vasos de *whisky* fueron por tierra. Sin que ella se resistiera, todo el carmín de sus labios quedó hecho una lástima.

Mientras Norman la besaba, ella pensó:

“A los hombres no hay quien los entienda… No le causé efecto con los pantalones ceñidos ni tampoco con el mejor conjunto de dos piezas que tengo. En cambio, se me vuelve loco con unos *shorts*… ¡Vaya tontería! ¡Si es lo más barato que tengo! “

FIN



PARA TI EL CADAVER

por Burton Hare

—Vamos, King-Kong, dime cómo lo hieiste para seguirme...

—¿Cómo podía seguirle? Usted salió inmediatamente...

—Inmediatamente después de charlar con tu jefe —le corregí tranquilamente—. Tú estabas esperando abajo. ¿Fue Sagar quien te mandó seguirme los pasos?

—Es inútil. Yo no hice eso. Sagar tiene otros hombres a sus órdenes. Yo no me muevo nunca del pasillo de los camerinos... Si alguien le siguió, yo no sé una palabra.

—No te creo, bastardo.

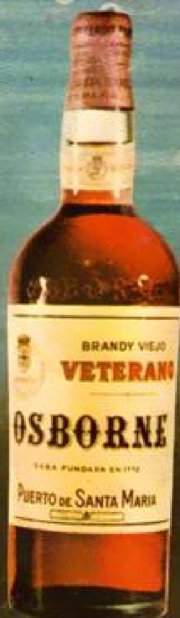
Amenacé con golpearle otra vez y él chilló sólo de verse amenazado. Esa clase de matones se encuentran indefensos sin su «45» en la mano.

—¡No me golpee más! —aulló, desesperado—. No puedo decirle lo que no sé.

—Está bien, voy a creerte... aunque no sé por qué he de hacerlo. Sin embargo, hay algo más que tú puedes decirme, matón. ¿Dónde vive Sagar?

Eso le dejó estupefacto, con la boca entreabierta y mirándome sin dar crédito a lo que había oído.

—¿Pretende meterse con el patrón en su propia casa?





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain